



EL CORRECTO FUNCIONAMIENTO DE LOS MINISTERIOS

Jorge Pradas

Rubén

Naranjo

Daniel García

Indice

1. MINISTERIO APOSTÓLICO	3
El ejercicio de los Ministerios	5
El Ministerio del Apóstol	6
1. La elección de los apóstoles	7
2. El propósito de la elección	7
3. El equipamiento	8
2. MINISTERIO DE EVANGELISTA	10
Las prioridades de la tarea de evangelista	11
El lugar que ocupa el evangelista	13
El ministerio de evangelista es translocal	14
3. EL MINISTERIO PROFÉTICO	16
Diferencia entre el don y el ministerio	16
Su ubicación entre los cinco ministerios	17
La personalidad del profeta	18
Cómo ministra el profeta de parte de Dios: con palabra de Dios, de acuerdo con la Biblia	22
Para qué ministran (Efesios 4:1-16)	23
Cómo ministra	24
Cómo obró Cristo como profeta	25
4. MINISTERIO DE PASTORES Y MAESTROS (Parte I)	27
5. MINISTERIO DE PASTORES Y MAESTROS (Parte II)	34
1. Por estar guiando a otros	35
2. Por haber sido llamado por el Señor	37
3. El sostenimiento del pastor	38
4. El sostenimiento espiritual	39

1. MINISTERIO APOSTÓLICO

Los Ministerios no son otra cosa que servicios, los cuales están a cargo de los ministros; y los ministros no son sino servidores o siervos, a veces conocidos en el lenguaje evangélico con el nombre de “siervos del Señor”, que es un título tan honorífico como el de ministro; y aun cuando nos gusta más que nos llamen ‘ministros’ que ‘esclavos’ o ‘servidores’, ambos términos vienen a significar lo mismo.

Tenemos que decir que todos los ministerios son servicios, aunque es necesario establecer las diferencias que existen entre los distintos servicios, es decir, entre los distintos ministerios.

Existe, en primer término, el ministerio sacerdotal, que es el ministerio universal: un servicio que debe ejercer cada persona que ha tenido un encuentro con Cristo, y que por ello se ha convertido, es decir, ha pasado de muerte a vida. Para refrendar esto con las Sagradas Escrituras leeremos tres pasajes.

El primero se encuentra en 1ª Pedro 2:9 *“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio...”*. Notemos que esta es una epístola universal, y por lo tanto dirigida a todos los creyentes; y dice “vosotros”, como si Pedro, por medio del Espíritu Santo, nos dijera a nosotros, los lectores de este pasaje *“... vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio”*. Vale decir que la Biblia nos declara y nos enseña que el sacerdocio puede y debe ejercerlo todo hombre y toda mujer que haya pasado de muerte a vida.

Este texto es tan claro que no necesitaríamos leer otro pasaje, pero vamos a hacerlo para mayor claridad. Apocalipsis 1:6 dice *“... e hizo de nosotros un Reino, sacerdotes para su Dios y Padre; a Él sea la gloria y el dominio, por los siglos de los siglos. Amén”*. Este *‘hizo de nosotros’*, significa: *‘de todos nosotros’*, un Reino para su Dios y Padre. En el mismo libro, en el capítulo 5, verso 10, tenemos otra vez esto: *“... y nos hiciste para nuestro Dios; reyes y sacerdotes...”*. Quiere decir que este ministerio, el sacerdotal, es universal. Por ello no nos extraña cuando un hombre o una mujer, que tengan las fuerzas físicas suficientes, bautizan a quienes hayan pasado de muerte a vida, es decir, que se hayan convertido: porque el sacerdote es apto para administrar los sacramentos.

El Bautismo es un sacramento, por lo cual, reiteramos: cualquiera, sea hombre o mujer, de acuerdo con esto que hemos leído en las Sagradas Escrituras, es apto para administrarlo.

Lo mismo ocurre con el sacramento de la Cena del Señor, y del mismo modo con el del Matrimonio; aunque de este último diremos que algunos no lo consideran un sacramento. Nosotros lo consideramos así, porque ‘sacramento’ quiere decir ‘símbolo’, y el Matrimonio es un símbolo de la unión mística de Cristo con la Iglesia, del Esposo con la Esposa. Entendemos, por la Escritura, que el Matrimonio es un sacramento; por lo tanto, también en este caso cualquiera puede administrarlo. Por supuesto, cualquiera que sea sacerdote.

El Antiguo Testamento nos da un panorama muy importante de lo que es el sacerdocio y de la santidad y limpieza que tiene que tener el sacerdote. Lo único que podría impedir el administrar los sacramentos sería la falta de santidad de la persona, ya sea ésta hombre o mujer, y tenga o no otro ministerio fuera del sacerdotal.

Este es un ministerio que abarca a todos, pero hay otros ministerios que tienen funciones específicas, como por ejemplo el ministerio de anciano, el de diácono, y el de ayuda. Mencionamos este último, aun cuando suele faltar en nuestras Iglesias, ya que sólo tenemos los ministerios de ancianos y diáconos.

Aquí es necesario que hagamos una salvedad, puesto que la Biblia no es tan clara en este asunto, y entendemos que el Espíritu Santo mismo no ha dado claridad sobre el mismo. Pues bien, hemos de decir que esta aparente falta de claridad es para dar libertad a que el funcionamiento de estos ministerios sea de acuerdo con la idiosincrasia de los pueblos; es decir, con la interpretación, subjetiva, de la función que de estos ministerios se haga.

En la Iglesia Cristiana Evangélica Ríos de Vida, entendemos que el ministerio de ayuda es de soporte logístico; el de diácono, administrativo; y el de anciano, de consejería. Esta es la manera en que funciona entre nosotros y no pretendemos haber descubierto la pólvora, ni mucho menos, sino que la inspiración del Espíritu Santo nos ha hecho funcionar así durante treinta y dos años, y lo hemos hecho más o menos bien. Creemos también que al no ser explícita la Sagrada Escritura en este tema de los ministerios de anciano, diácono y ayuda, es para respetar las distintas interpretaciones, y dado que esto no es fundamental, el Señor se mueve en las Iglesias Bautistas, en las Iglesias Pentecostales, en las Iglesias Metodistas, de los Hermanos Libres, Anglicanos, etcétera, de una manera distinta, respetando las distintas formas de administración de los ministerios en general. El Señor está bendiciendo a estas denominaciones, a cada una de ellas. El Señor está bendiciendo a aquellos que quieran dar gloria a Dios y se muevan en Su temor.

Luego existen los ministerios de gobierno, que podemos encontrar en Efesios 4:7-11. Los versículos 7 a 10 dicen: *“Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo”*. Y aquí se ve el poder de Dios, que condesciende de alguna manera con la autoridad, que es sinónimo de poder. Porque del poder emana la autoridad, y de la autoridad emana el poder. Esto lo transfiere Dios Todopoderoso, el que subió a los cielos, el que bajó a las profundidades de la tierra, *“a las partes más bajas de la tierra”* (versículo 9).

Y en ese alarde que sólo le es permitido a Dios tener, en los versos 11 y 12 dice *“Y Él mismo dio: unos los apóstoles; otros, los profetas; otros, los evangelistas; y otros, los pastores y maestros; a fin de equipar completamente a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”*. Por lo tanto, tenemos desglosados los diferentes ministerios ejercidos por los ministros: unos, universalmente, como el ministerio sacerdotal; otros, servicios específicos, como lo son el ministerio de consejería, el de administración, o el de ayuda; y después vienen los ministerios de gobierno, que son estos que encontramos en Efesios 4:11.

Entendemos que sin el ministerio de gobierno, no se puede equipar completamente a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. Debe haber autoridad, la cual ha sido dada por Dios para que haya orden; y los ministerios deben funcionar correctamente para que este orden exista en la Iglesia del Señor.

En 1ª Corintios 14:40 leemos: *“... pero hágase todo decentemente y en orden”*. Aunque resulte redundante, repetimos, para que exista este orden para el equipamiento de los santos, para el conocimiento de Jesucristo, y para la edificación de la Iglesia, es necesario que haya autoridad.

Por lo tanto, entendemos que los ministerios de Efesios 4:11 son los ministerios de autoridad y, sin embargo, algo más que esto, porque al mismo tiempo que edificar el cuerpo de Cristo, dice el verso 13 *“... hasta que lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios...”*.

Vale decir, que juntamente con la autoridad tiene que ir el magisterio del ministro, sea éste apóstol, evangelista, profeta, o pastor y maestro. El ministro tiene que tener autoridad y magisterio para poder enseñar. La autoridad es indispensable para que la Iglesia camine en orden. Y entendamos que la autoridad no es para ponerse sobre los demás, sino para ejercerla en paternidad, como la ejerce en el hogar todo buen padre con sus propios hijos.

La autoridad debe ser ejercida con gracia, y debe ir junto con la enseñanza. Tenemos que enfatizar este aspecto de la autoridad, porque muchos de los que ejercemos estos ministerios, a veces no lo entendemos y, sin querer, o queriéndolo, cometemos abusos de autoridad y eso también está penado en las Sagradas Escrituras.

La autoridad en la Iglesia del Señor no es la de un teniente o la de un sargento, ni tampoco es la de un empresario, sino que es la autoridad del padre con respecto a sus hijos.

Por otra parte, esto es lo que debemos saber los que ejercemos alguno de los ministerios de autoridad, pero también tiene que saberlo la Iglesia para sujetarse y respetar la autoridad de los ministros. La Biblia dice,

claramente, que los ministerios de Efesios 4 son ministerios de autoridad, cuando en Hebreos 13:17 nos ordena: *“Obedeced a vuestros pastores y someteos a ellos...”*

Para que funcione la autoridad tiene que existir una conjunción entre la Iglesia y sus ministros, los cuales deben ejercer su autoridad con gracia, y la Iglesia se le debe sujetar con la sujeción que ordena la Escritura en el pasaje que acabamos de transcribir.

EL EJERCICIO DE LOS MINISTERIOS

¿Quién ejerce estos ministerios? Creo que queda bien claro que nos estamos refiriendo a estos ministerios que hemos considerado, aunque seguramente hay más, porque en el servicio sacerdotal entran todos los ministerios.

Ahora veremos quiénes son los que ejercen estos ministerios de autoridad, siempre recordando que el que ejerce cualquiera de estos ministerios de autoridad tiene que saber que la autoridad debe ser para servir y no para atropellar. Lo más desagradable que puede ocurrir con un pastor es que diga “aquí mando yo”, puesto que el Señor Jesucristo nos dice *“Yo estoy entre vosotros como el que sirve”*, y si el Señor entre nosotros está como el que sirve, ¿qué nos queda a nosotros?

Por lo tanto, lo primero que tenemos que saber es que no somos otra cosa que servidores. No llevamos jinetas, ni un ropaje diferente a los demás: somos sacerdotes y al mismo tiempo ministros, o apóstoles, o profetas, o evangelistas, o pastores y maestros.

En primer lugar, los que tienen que ejercer cualquiera de estos ministerios deben saber que esto es un servicio a Dios, y siempre será así. Por más que estemos sirviendo a nuestro hermano, o ayudando a los pobres, o haciendo cualquier obra filantrópica, siempre estaremos sirviendo al Señor. Esto es así no porque los hombres no necesiten ser atendidos por los ministerios de la Iglesia; no porque los seres humanos, inconversos o convertidos, carezcan de necesidades, sino porque cualquiera sea el servicio realizado a cualquiera de nuestros hermanos, o a nuestro prójimo, aunque sea éste inconverso, será también un servicio a Dios.

Cuando lo alabamos y lo adoramos, estamos dando al Señor un servicio directo, pero cuando nos servimos entre nosotros, cuando desempeñamos un servicio social o filantrópico, o aun de ayuda espiritual a nuestros semejantes, estamos sirviendo a Dios de una forma indirecta. Debemos servir a Dios, directamente, con la alabanza y la adoración; y servir a Dios, indirectamente, ayudando a nuestro prójimo.

El Señor Jesucristo mismo dijo que cuando hiciésemos cualquier cosa, *“... a uno de estos pequeñitos”*, se la estaríamos haciendo a Él.

Por lo tanto, el servicio de cualquier sacerdote, o el de cualquier ministro, sea dicho servicio de autoridad, o de ayuda, o de consejería, o de administración, o cualquier otro que se realice en la iglesia o fuera de ella es, si tenemos conciencia de que somos ministros del Señor, un servicio indirecto a Dios, pero, al fin y al cabo, un servicio a Dios.

Tenemos que ver entonces quién es el apóstol, o quién el profeta, o quién el evangelista, o quién el pastor y maestro (nótese que no decimos el pastor o el maestro, porque se trata de un ministerio dual).

A esta altura del estudio vamos a decir que querríamos ser apóstoles, profetas, evangelistas y pastores y maestros; pero quizá usted, que es más humilde, diga: “No, yo sólo me conformaría con ser anciano, o diácono, o ayuda; y si no me desempeñara en ninguna de estas funciones, con el título universal de sacerdote tendría suficiente...” Permita que le digamos que, si este es su pensamiento, no denota humildad sino todo lo contrario: porque no queremos esto para bien propio, sino porque debemos tener el deseo de parecernos a Cristo. ¿Sabe por qué? Porque debemos aprender de Él más mansedumbre y más humildad, y después de que usted lea lo que sigue, no sólo no se conformará con ser sacerdote, ayuda, diácono o anciano, sino que querrá ser apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro: Porque Jesús reunió en Su persona todos los ministerios y estamos invitados, por cada página de las Escrituras, a ser como Él es.

Los ministerios se han instituido para llegar a la plenitud de Cristo; por lo tanto, no es una ambición desmedida querer tenerlos en su totalidad. No es poner en marcha el orgullo humano, sino que es tener el deseo ferviente de llegar a la plenitud de Cristo.

¿Quiere llegar usted a la plenitud de Cristo? Anhele tener todos los ministerios.

Usted dirá que en 1ª Corintios 12:29 puede leerse: *“¿Acaso son todos apóstoles?; ¿acaso son todos profetas?; ¿acaso son todos maestros?; ¿acaso hacen todos milagros?”*

Seguramente usted está entendiendo que una sola persona no puede ejercer todos los ministerios, y en verdad, en la práctica, es así. Sin embargo, esto es a causa de nuestra carnalidad, mas, a lo que apuntamos, es a dejar de ser carnales, para ser espirituales de una vez, y no seguir poniendo la excusa de que no me es posible esto porque aún vivo en la carne.

Desechemos todas las excusas y caminemos hacia adelante, como dice la Carta a los Hebreos, hacia la perfección, hacia la madurez, hacia la plenitud de Cristo. Es por todo esto que quiero ser apóstol. No para sufrir como lo hicieron Pablo o Pedro, sino para llegar a la perfección, como lo dijo Jesús a sus discípulos: *“Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”*. No nos escudemos en nuestra carnalidad, ni nos excusemos cobardemente: porque Dios no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de dominio propio, de fe y de amor.

Dejemos aparte todas nuestras debilidades y todas nuestras carnalidades, y sigamos adelante, en busca de ese galardón, de ese premio que es la plenitud de nuestro Señor Jesucristo.

Ahora resaltaremos desde las Sagradas Escrituras estos ministerios ejercidos por el Señor:

- El primer texto lo encontramos en Hebreos, capítulo 3, verso 1: *“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús”*. Aquí encontramos al Señor como Apóstol.
- En Hechos 3:22 lo encontramos como Profeta. Veamos: *“Porque Moisés dijo a los padres: el Señor vuestro Dios, os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a Él oiréis en todas las cosas que os hable”*.
- En Mateo 4:23 lo encontramos como Evangelista: *“Y recorría Jesús toda la Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el Evangelio del Reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo”*.
- En San Juan 10:4 lo encontramos como el Buen Pastor: *“Y cuando ha sacado afuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen Su voz”*.
- Y en San Juan 13:13 lo encontramos como Maestro: *“Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien porque lo soy”*.

Ahora, admírese y vea la verdad de lo que estamos diciendo: Jesús es Apóstol, Profeta, Evangelista y Pastor y Maestro. Y si el Señor Jesús ejerce todos estos ministerios en una sola Persona, Él que es el Hijo del Hombre, también podemos ejercer cualquiera de nosotros este ministerio completo, que es la totalidad de los ministerios de autoridad.

Esto fue a modo de una introducción bastante amplia. Ahora hablaremos con brevedad del Ministerio Apostólico.

EL MINISTERIO DEL APÓSTOL

1. La elección de los apóstoles

Dice Lucas 6 versículos 12 y 13: *“Aconteció en aquellos días que Él salió al monte a orar y pasó la noche entera en oración a Dios. Y cuando se hizo de día, convocó a Sus discípulos y escogió de entre ellos doce, a quienes puso también el nombre de apóstoles”*. La elección de un apóstol no es hecha por votación, sino que está realizada por el Señor Jesucristo. Debemos añadir que es tan importante el ejercicio del Ministerio Apostólico que Él, el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios, Jesucristo, Nuestro Señor, el Rey de los reyes y el Señor de los señores, antes de elegir de entre Sus discípulos a aquellos a los cuales pondría el nombre de apóstoles, pasó la noche orando. Teniendo en cuenta que el ministerio apostólico sigue, imagínese la responsabilidad que nos cabe a los apóstoles, pues dice la Escritura que el Señor se pasó la noche orando por los que tendríamos este llamado.

La elección del ministerio apostólico no es algo al azar, sino que es un acto importantísimo en el que interviene Dios directamente.

2. El propósito de la elección

Este propósito lo encontramos en Marcos 3:13 *“Subió al monte, y llamó junto a Sí a los que Él quiso; y vinieron a Él. Y designó a doce para que estuviesen con Él, y para enviarlos a predicar”*. La elección del ministerio apostólico no se ha hecho solamente con oración, sino que esta oración tenía el propósito de que los apóstoles, en primer lugar, estuvieran con Él. Y así fue: estuvieron tres años con el Señor Jesús, tres años escuchándole a Él. Algunos desbarrando más que otros en presencia del Señor, que a veces debía corregirlos; pero estaban con Él.

El que es elegido apóstol no debe tomarse las cosas a la ligera, sino que debe buscar al Señor continuamente. Sólo después de esto los envió a predicar. Ahora bien, a esta altura es preciso hacer una aclaración: una cosa es testificar y otra muy diferente predicar.

Testificar es algo que debemos hacer desde el día en que nos convertimos. El Señor le dijo al endemoniado gadareno *“... Vete a tu casa, adonde los tuyos, y cuéntales todo cuanto el Señor ha hecho por ti, y cómo tuvo compasión de ti”*. Este hombre acababa de ser liberado y el Señor ya lo mandó a testificar.

Pero predicar es otra cosa: predicar es llevar la presencia de Dios, por eso, cuando el Señor Jesucristo enviaba a sus discípulos, les decía: *“Y al ir, predicad, diciendo: El Reino de los cielos se ha acercado”*. ¿Por qué? Porque se habían acercado ellos, y ellos eran el Reino de Dios, lo llevaban dentro, en el corazón. Se podía ver en sus caras el Reino de Dios, porque habían estado con Él.

El Señor los envió en dos ensayos. En una oportunidad envió a dos y en otra a setenta. Pero estos fueron sólo ensayos, hasta que Cristo resucitó, ascendió a los cielos y descendió el Espíritu Santo; entonces ellos se largaron de lleno a la tarea de predicar a toda criatura.

Es posible testificar desde el primer día de convertido, pero se podrá salir a predicar para convertir almas cuando ya se esté maduro y consolidado en la fe.

Yo recuerdo que en mi juventud no tenía quién me enseñara. Sólo me enseñaron los primeros pasos: que tenía que confesar mis pecados (agradezco a Dios y a los hermanos que me enseñaron esto), y que al confesarme debía arrepentirme. Pero cuando recibí el perdón de mis pecados me sentí un gigante. Tenía entonces diecisiete años, estaba tuberculoso y era un alfeñique, pero me sentía “Superman”... y un día desafié a un seminarista católico. Claro, yo conocía algunas cosas de la Biblia y sabía muy bien lo que Dios había hecho conmigo; por tanto, pensé que lo iba a destrozár, y muy contento lo desafié. Quedamos citados para un día determinado en que le explicaría cómo ser salvo; pero no se lo explicaría con mi testimonio, sino con lo que había aprendido de la Biblia. Sabía un montón de cosas, conocía de memoria Juan 3:16 y pensaba que ya me lo sabía todo. El resultado fue que el seminarista católico me aplastó. Aprendí desde entonces que primero tenía que estar con Él y recién después lanzarme a predicar.

Cuando vemos que la Iglesia del Señor enseguida manda a sus convertidos a predicar, creemos que esto no ha de ser así, pues no es posible predicar en estas instancias. Los nuevos convertidos deben ser enviados a testificar, y hay que entender bien la diferencia entre ambas acciones: se debe testificar desde el primer día,

pero para predicar es necesario pertrecharse de la Palabra y del contacto con Cristo. Recién entonces se puede predicar con autoridad y con poder la palabra de la cruz, que es el poder de Dios y la sabiduría de Dios.

3. El equipamiento.

La autoridad en el mensaje y la autoridad para echar fuera demonios: En Marcos capítulo 3 versículos 14 y 15 dice: “Y designó a doce, para que estuviesen con Él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para expulsar demonios”. Autoridad en la palabra, autoridad para predicar. Después de estar con Él hay autoridad; y entonces tenemos autoridad y poder para echar fuera demonios y sanar enfermedades.

¡Bendito sea Dios! El equipamiento, entonces, es la puesta en práctica de lo que hemos dicho en el apartado número 2.

4. Requisitos que debe tener un apóstol

Hemos encontrado siete requisitos que debe tener un apóstol, aunque seguramente en un estudio más intensivo hallaríamos más. El primer requisito es que haya visto al Señor.

En 1ª Corintios 9:1 leemos: “¿No soy apóstol? ¿No soy libre? ¿No he visto a Jesús el Señor nuestro? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor?”. El apóstol dice “no he visto a Jesús” interrogativamente, significando esto que sí lo ha visto. Diremos, por tanto, que el apóstol tiene que tener la visión de Cristo, aunque no una visión terrenal, sino una visión espiritual.

El segundo requisito lo encontramos en el mismo versículo: “¿No sois vosotros mi obra en el Señor?” Y en el verso 2 continúa diciendo “Si para otros no soy apóstol, para vosotros ciertamente lo soy; porque vosotros sois el sello de mi apostolado en el Señor”. Esto quiere decir que un apóstol no solamente debe ver al Señor sino que también debe poner manos a la obra y fundar iglesias.

El tercer requisito es que un apóstol debe anunciar el evangelio. En el versículo 16 el apóstol Pablo nos dice: “Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me siento constreñido a hacerlo; y ¡ay de mí si no anuncio el evangelio!”. Ver al Señor, fundar iglesias y anunciar el evangelio.

Ahora bien, en el verso 19 Pablo continúa de esta manera: “Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar el mayor número”, y éste es el cuarto requisito, servir a todos. El Ministerio Apostólico debe ser ejercido por hombres que estén dispuestos a servir a todos, sin distinción de razas ni de clases sociales, ni ninguna otra diferencia que el hombre pueda hacer.

El quinto requisito es la identificación, y esto lo encontramos en el verso 20: “Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están bajo la ley (aunque yo no esté bajo la ley), como si estuviese bajo la ley, para ganar a los que están bajo la ley”. Esto nos habla de una identificación. Un apóstol debe saber identificarse en el ambiente en el que se desenvuelve, pues su ministerio es translocal.

El sexto requisito es una visión clara. Dice el verso 26: “Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera golpeo, no como quien golpea al aire”. El apóstol tiene que ser un hombre que posea una clara visión de las cosas, que no esté un día en un lado y otro día en otro, como quién no sabe a donde va, ni lo que hace. El apóstol no golpea al aire: “donde pone el ojo, pone la bala”.

El apóstol ha de tener una visión clara de la misión que está cumpliendo.

Finalmente llegamos al séptimo requisito. En 1ª Corintios capítulo 2, versículos 3 y 4 leemos: “Pues resolví no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y yo me presenté entre vosotros con debilidad, y con temor y mucho temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fueron con

palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder". El apóstol, entonces, debe ser alguien a quien el Señor usa para señales portentosas y milagros.

El Ministerio Apostólico no es un ministerio material, sino espiritual. Recordemos cuando se eligieron a los evangelistas en el capítulo 6 del libro de los Hechos. Allí existía una querrela entre judíos y griegos, en cuanto a que algunos recibían más que otros en el reparto de los alimentos. Entonces los apóstoles concertaron que ellos debían dedicarse a la Palabra de Dios y a la oración, y para ello, debían poner a otros discípulos a efectuar el trabajo administrativo; vale decir que cuando usted vea a un apóstol que no agarra la pala, no se enoje; porque algunos piensan que cuantas más tareas físicas se realizan, más espiritual se es. Ahora bien, el apóstol debe saber realizar estas tareas, pero, si no lo hace, no lo critique. Algunos creen que el ministerio más alto es el ministerio físico, aunque esto no es así: el ministerio más alto es el ministerio espiritual.

Tengo un conocido que sabe mucho de música. Este hombre es compositor y cantor, realmente un intelectual. Cierta vez se encontró con un pastor, el cual le dijo; "¡No tanto libro, ni tanta música, hay que plantar papas!" El resultado de esto fue que el pobre muchacho, para quedar bien, fue a plantar papas y dejó de componer.

No sé si me explico: el Ministerio Apostólico es eminentemente espiritual. Sin embargo, si es necesario plantar papas, o hacer cualquier otro trabajo físico, lo haremos. Tal vez yo por mi edad no puedo realizar ya estos trabajos de mucha exigencia física; pero cuando fue necesario, los hice.

En nuestros comienzos en Campo Crespo, en la provincia de Santa Fe, tuve que plantar berenjenas y tomates. Sin embargo, cuando caía el sol, me iba con mi cansancio y todo a orar, pues sabía que la Iglesia en Campo Crespo no podía estar librada a la cosecha de tomates y de berenjenas: la tarea que realizaba junto al pastor Daniel García era una tarea espiritual. Con esto quiero decir que cuando hay necesidad de hacer un trabajo físico, hay que hacerlo; pero el apóstol no debe olvidar que su trabajo principal en la obra de Dios es netamente espiritual. Ahora bien, esto no es fácil, pues el diablo no quiere que el Ministerio Apostólico se ejerza de una manera espiritual. Por eso es importante que, cuando el diablo no quiera una cosa, nosotros nos esforcemos por quererla; y esto es algo con lo que el Ministerio Apostólico tiene que enfrentarse.

No se nos caerán los anillos por hacer trabajos físicos, pero nuestro norte, nuestra visión, nuestro objetivo y también nuestro galardón está en el ejercicio de este ministerio que es, eminentemente, del Espíritu Santo.

2. MINISTERIO DE EVANGELISTA

Hemos estado considerando los ministerios, comenzando con el ministerio común a todos los creyentes, que es el ministerio sacerdotal; enfatizando muy bien los ministerios que hallamos en Efesios 4:11.

Hasta ahora, hemos visto el ministerio profético, el ministerio pastoral y de magisterio, y un corto resumen del ministerio apostólico, que ya había sido tratado, intensamente, en otro libro, el cual fue cosecha de un retiro realizado en la ciudad de Cosquín, Córdoba. Los disertantes, Rubén Naranjo, Daniel García y un servidor, ayudamos a que se diera a luz dicho volumen, que es una obra muy interesante.

No se agotan los temas en la Biblia, porque la Biblia es esa palabra que permanece, aunque los cielos y la tierra pasen. Por tanto, sería una simpleza y una necedad pensar que hemos agotado algún tema de los que están propuestos en las Sagradas Escrituras.

Del ministerio apostólico ya hemos hablado bastante, a pesar de que no hemos agotado el tema, como así tampoco lo hemos agotado del ministerio profético, ni del ministerio de pastor y maestro.

Consideraremos estos temas porque son necesarios, y diríamos que imprescindibles, para la buena marcha y el buen orden de la Iglesia del Señor; puesto que sin ellos no se puede llegar a la unidad de la fe, ni al pleno conocimiento de Cristo, ni a su plenitud.

Nos resta considerar ahora el ministerio del evangelista, un ministerio que debemos poner en orden. Por ello, trataremos de aportar nuestro grano de arena, a fin de contribuir con esto.

Leemos en 2ª Timoteo, capítulo 4, en los versos 1 al 5, que el apóstol Pablo nos dice: *“Te encargo solemnemente delante de Dios y del Señor Jesucristo, que va a juzgar a los vivos y a los muertos por Su manifestación y por Su Reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, acumularán para sí maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio”*.

Todos estos consejos que da el apóstol San Pablo a su hijo espiritual Timoteo, son para que haga la obra de evangelista. Está muy claro, entonces, que el ministerio de evangelista tiene que ser enfocado desde una óptica diferente de la que venimos viendo desde hace mucho tiempo, persistiendo en este error.

En un retiro anterior tocamos el tema del Evangelio del Reino. Allí mencionamos que habíamos estado en un concepto errado, al creer que el ministerio del evangelista consiste sólo en predicar la salvación a la gente.

Cuando hablamos de predicar la salvación a la gente inconversa para que deje de serlo, decimos "vamos a evangelizar". Sin embargo, cuando nos referimos a la enseñanza, no decimos esto, porque entendemos que evangelizar es sólo predicar la palabra al inconverso. De acuerdo con lo que vemos en la Escritura, nos damos cuenta que el concepto que damos al evangelismo, como la tarea de evangelizar y predicar a los inconversos para que se conviertan, no es correcto. El concepto correcto sería el que Pablo le indica a Timoteo, cuando le sugiere que haga la obra de evangelista: predicar la palabra, exhortar, enseñar, redarguir, reprender; y sobre todo, establecer la sana doctrina.

No nos estamos refiriendo a un nivel elemental del ABC de la doctrina, sino a toda la doctrina. En una ocasión, en los Hechos de los Apóstoles, Pablo les dice a los hermanos de la congregación *“Porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios”*. Esto equivale a decir que la tarea de evangelizar no es solamente predicar la palabra a los inconversos, sino dar todo el consejo de Dios, que es enseñanza, sana

doctrina, disciplina si es necesario, etcétera. Es esto, sin entrar en detalles, lo que tiene que hacer el evangelista.

De alguna manera, el Señor nos tiene que dar luz para entender que evangelizar es mucho más que predicar la Palabra a los inconversos.

Estamos evangelizando ahora, aunque no hablamos a los inconversos, sino a los creyentes. Alguno puede pensar que estamos hilando demasiado fino, pero no es así, sino que marcamos la sana doctrina. Y no lo hacemos con demasiada erudición, sino que hablamos con palabras sencillas, para que nos pueda entender el más sabio y el más lego, estableciendo los conceptos correctos en cuanto a la interpretación de las Sagradas Escrituras.

El concepto correcto es, entonces, dar todo el consejo de Dios, el cual no se termina nunca, y el concepto equivocado hace que el evangelismo tenga un techo, puesto que se termina cuando la persona se convierte, pasando, por tanto, a otro nivel.

El nivel “evangelismo” es muy amplio, abarca todo, no tiene techo, porque explica la sana doctrina y saca todo el provecho posible a la palabra de Dios, a fin de que entre en nuestras mentes y en nuestros corazones.

LAS PRIORIDADES DE LA TAREA DE EVANGELISTA

Estas prioridades son muy simples. Como ya hemos dicho, la tarea del evangelista no es sólo predicar la palabra a los inconversos, sino redargüir, enseñar, procurar que la falsa doctrina sea eliminada y enseñar la sana doctrina.

El evangelista tiene que saber que su mensaje abarca todo el consejo de Dios, y la prioridad que debe tener es poner primero a Dios, puesto que también aquí hay conceptos equivocados.

Cuando hablamos de evangelización es preciso pensar en todo, no sólo en los inconversos que hay que convertir, sino en que ellos tendrán también que aprender la doctrina.

Estando en una ciudad del interior del país, fuimos a visitar a un hermano que es pastor allí y está haciendo una tarea muy importante en la evangelización del pueblo musulmán. No sé en qué concepto está evangelizando este hermano, aunque supongo que en el erróneo. Es verdad que este concepto que estamos aplicando nos cuesta mucho digerirlo, dado que desde siempre hemos tratado el tema de la manera equivocada. Aun cuando no significa cometer una falta grave, tampoco es hilar muy fino el tratar de ser sencillos y concretos en las cosas que encontramos en la Escritura.

Hay algo que es muy común en aquellos que están abocados al evangelismo y es que consideran primero la necesidad de la gente. Es verdad que hay una gran necesidad en los países musulmanes, y hay pocos misioneros para hacer la obra de Dios allí. Este pastor está al frente de una organización que envía obreros al campo misionero en estos países, lo cual es una tarea tremenda y hermosa. Sin embargo, lo malo es el concepto que se tiene sobre este particular, y que no es sólo suyo, sino que es el de la mayoría de los creyentes.

Alguien me dijo en una oportunidad, refiriéndose a nuestros cultos: “Muchos aplausos, muchas canciones, mucho levantar las manos, pero la gente se muere sin Dios, sin Cristo y sin esperanza”. Esto antes me conmovía, pero ahora he comprendido que aplaudir a Cristo, bendecir Su Nombre, y postrarme a Sus pies, es la mejor manera de amar a la gente; porque cuanto más amo a Dios, más amo a los seres humanos.

Debemos entender que alabar y adorar a Dios no es sólo un acto litúrgico o emocional, sino que debido a este amor íntegro para con Dios, podremos llegarnos a la gente y amarla como Cristo la amó, sin decir, como a veces escuchamos por allí, “cuanto más conozco a la gente, más amo a mi perro”; porque aprenderemos a amarles, dando la vida por ellos.

El concepto que nos lleva a error es pensar que el único motivo de la muerte de Cristo fue el de Juan 3:16: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna”*. A veces pensamos que esto es lo más importante, pero hay algo tanto o más importante que esto, y es que en esto está envuelto el Dios tres veces santo.

Esto es tremendo, es una verdad, es una motivación del Señor. Dios, en la Persona de Jesucristo, vivió esto cuando miraba a Jerusalén y veía a la gente desparramada como ovejas que no tienen pastor, y le dolió en sus entrañas. El amor hacia nosotros fue un motivo tremendo, ya que ante la pregunta del Padre: *“¿A quién enviaré, y quién irá de nuestra parte?”*, el Señor pudo responder por boca del profeta Isaías: *“Yo: Heme aquí, envíame a mí”*. Esta motivación es formidable. Sin embargo, la Biblia no puede leerse como una novela ni como un tratado racionalista. Por eso aconsejamos siempre a los estudiantes que se asombren cuando encuentren una verdad que parece contradecirse con otro concepto que también es verdad. Racionalmente, alguno de los dos conceptos podría ser mentira, pero Dios que es la Verdad, no tiene la misma verdad de los razonamientos humanos.

En la Biblia encontramos estas cosas que en apariencia se contradicen: pero, gracias a Dios, cuando encontramos algo así, podemos decir “esto es verdad y esto también es verdad”. Una de las motivaciones del Padre al enviar a Su Hijo fue el amor que tiene para con nosotros, y esto lo dicen bien claro las Sagradas Escrituras, aclarándonos que Dios vino a buscar lo que se había perdido y de tal manera nos amó que envió a Su Hijo Jesucristo, quien se ofreció voluntariamente para ser extendido en la cruz, sacrificándose hasta lo sumo, hasta llegar a la escala zoológica, pues dice: *“Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo.”*. Sin embargo, también es verdad que el motivo de Dios al enviar a Jesucristo fue el amor que Él tiene para consigo mismo, y esto lo encontramos en Isaías 43:25: *“Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de Mí mismo, y no me acordaré de tus pecados”*.

David captó el significado de lo que estamos diciendo, y escribió en el versículo 3 del Salmo 23: *“Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre”*. También el profeta Ezequiel dice que lo que el Señor hace es a causa de su Santo Nombre. Esto no significa desvirtuar el amor que Él tiene para con nosotros, porque la garantía del amor de Dios hacia la humanidad, es el amor perfecto que está en Sí mismo.

Aunque quizá los mayores no llegamos a entender esta verdad, si la entendió un niño de nuestra congregación: este niño, de siete años de edad, le preguntó a su madre si era verdad que Dios podía hacerlo todo. Ante la respuesta afirmativa de que el Señor sabe y puede hacer todas las cosas, el niño volvió a inquirir si Dios lo hace todo bien, a lo que su madre respondió: “Sí, porque Dios es perfecto”. Ante tamaña revelación, el pequeño contestó algo que quizá no entendamos nosotros en toda su magnitud: “Con razón Dios se ama a Sí mismo”.

Un niño entendió lo que muchos teólogos no entienden, lo que muchos de nosotros no comprendemos todavía, y es que la motivación de Dios fue el amor que nos tiene a nosotros y también el amor que El se tiene a Sí mismo. Esto nos lleva a la conclusión de que el evangelista, cuando predica la palabra, tiene que tener en cuenta esta prioridad: Dios es primero y después, en consecuencia, por amor a Dios, amo a la gente.

Note que cuando usted se levanta de la adoración no tiene odio hacia nadie, sino todo lo contrario: nos amamos y sentimos la necesidad de abrazar a nuestros hermanos, porque el verdadero amor al prójimo lo hemos encontrado en el Lugar Santísimo ¡Aleluya!

El evangelista deberá cuidarse de amar a Dios y de hacer todo para Su gloria. *“Así pues, ya sea que comáis, que bebáis, o que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”*. Así pues, si predicas el evangelio, o si das todo el consejo de Dios, no lo harás para que te nombren a ti; sino que lo harás para que Dios sea glorificado ¡Aleluya!

Lo que debe tener en cuenta el evangelista es poner en primer lugar a Dios, y que después de esto, su mensaje abarque todo el consejo de Dios. Este ministerio no tiene techo. Hacemos esta salvedad, porque algunos prefieren ser evangelistas y no pastores: en el concepto equivocado, el evangelista se dedica a

predicar, la gente se convierte y del resto se encarga el pastor. A los nuevos convertidos hay que darles enseñanza y doctrina, y llevarlos a tener una relación personal con el Señor, lo cual los guiará a sacar las cosas del viejo hombre, poniéndose las vestiduras de la nueva criatura, pues podemos convertirnos y, aun así, ser creyentes carnales.

Mientras que el evangelista va desde Miami a Nueva York, desde Nueva York a Londres y desde allí a Vallmol, el pobre pastor se queda con el “presente griego”...

En el concepto correcto, el evangelista no se despreocupa de aquellos que escucharon el mensaje de la palabra de salvación. Claro está que no llevará, como la comadreja, colgando a sus hijos espirituales; pero tampoco puede desentenderse de ellos, sino que deberá llevarlos a la presencia de Dios en oración y en ruego. No puede desentenderse de la palabra que ha dado, porque su ministerio no tiene techo.

EL LUGAR QUE OCUPA EL EVANGELISTA

Considerando el orden de los ministerios que hallamos en Efesios 4, el lugar que ocupa el evangelista está después de apóstol y el profeta y antes de pastor y maestro. Ahora bien, estos son ministerios de gobierno, como ya hemos dicho; y la palabra de Dios nos autoriza a llamarlos así. No obstante, y pese a ser ministerios de gobierno de la Iglesia, no podemos decir que es como en un cuartel, donde está el General, el Teniente Coronel, el Capitán y el Sargento, etcétera. Hemos dicho ya algunas veces que la Iglesia del Señor no es un cuartel, ni una fábrica, ni tampoco una empresa. La Iglesia es una familia, es una casa. Cuando la Iglesia Ríos de Vida estaba en sus comienzos, formamos la Casa Bíblica, teniendo esto muy presente. Por ello, precisamente, le pusimos este nombre, pues deseábamos que fuese un hogar; no un seminario frío, de donde algunos salieran más incrédulos que como entraron, imposibilitados de razonar espiritualmente.

Las jerarquías se nos suben rápido a la cabeza y esto se hace patente al ver lo que nos cuesta poner a dos juntos en el ministerio: cuando hemos tratado de poner dos, y a uno con mayor responsabilidad que el otro, finalmente tuvimos que dejar sólo a uno, porque no se pudo resolver con madurez la discusión de quién iba a estar sujeto a quién. La Iglesia deberá orar mucho para que no se nos suban las jerarquías a la cabeza y podamos cumplir con el mandato bíblico de ir de dos en dos.

Autoridad es obediencia, y jerarquía no es señorío, como algunos la entienden. Cuando ponemos a dos en una tarea, siempre uno manda más que el otro, o por sus cualidades, o por su cara dura, o por lo que sea: se enseñorea del otro, y el otro es su criado. Conozco a dos hombres de Dios que hacían juntos la obra, pero que ahora ya no están juntos. Ambos son hoy de avanzada edad. En una oportunidad le pregunté a uno de ellos, por qué se había separado del otro, a lo que él respondió: “Porque yo únicamente tenía que llevar la valija”. Uno se había enseñoreado del otro y éste no quiso que se enseñorearan de él. Estas cosas las juzgará Dios. Todos deberemos pasar por este juicio del Señor.

No vamos a juzgar si llevar la maleta es más que subir al púlpito. Los conceptos y los pensamientos de Dios son más altos que nuestros pensamientos y sus caminos más altos que los nuestros.

¿Quiere usted tener autoridad? Aprenda a obedecer. Este es una sentencia que si bien no la dijo Jesús, la expresó muy bien el centurión romano cuando fue a buscar la sanidad de uno de sus subalternos. El hombre le dijo a Jesús que no era necesario que fuera a su casa, y agregó: “... *pero dilo de palabra y mi siervo será sano. Pues también yo soy un hombre puesto bajo autoridad y tengo soldados bajo mis órdenes; y le digo a éste: ¡Ve!, y va; y a otro: ¡Ven!, y viene; y a mi siervo: ¡Haz esto!, y lo hace*”. ¿Y esto por qué?, ¿porque tiene jinetas?, ¿porque es un centurión? No, no dice nada de esto, dice “*porque estoy bajo autoridad*”. Señala la Escritura que el Señor Jesucristo se quedó asombrado, pues no había escuchado esto ni de sus discípulos, ya que estos discutían por estar uno a Su derecha y otro a Su izquierda, cuando viniera en Su Reino. Ante esto que dice el centurión el Señor expresa que no había hallado tanta fe en ningún otro lugar.

Si queremos tener autoridad tenemos que aprender a obedecer.

El evangelista, en el texto de Efesios, pareciera estar por encima del pastor; aunque debemos decir que en nuestros días, salvo algunas honrosas excepciones, pareciera que el evangelista es el jefe de toda la iglesia, estando aun por encima de pastores, maestros, profetas y apóstoles... y esto no debe ser así.

Para que cada uno de los ministerios de Efesios, capítulo 4, sea honrado, los ministros deben tener el mismo espíritu que tuvo el Señor Jesucristo, quien dijo: *“Porque aún el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar Su vida en rescate por muchos”*. Si no lo hacemos de este modo, ni el apóstol, ni el evangelista, ni el profeta, ni el pastor y maestro servirán para nada; pues es necesario que seamos semejantes a Jesús, para la gloria de Dios. A veces queremos asemejarnos a Jesús cuando echó a los mercaderes del Templo, pero en ese pasaje el Señor no nos dice *“aprended de Mí”*, y tampoco dice esto cuando vence al diablo, ni cuando hace algún milagro o resucita algún muerto: dice esto ante la promesa de darnos descanso si vamos a Él: *“... aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”*.

El apóstol Pablo dice que quiere ser semejante a Jesús en Su muerte. Esto significa que él quiere parecerse a Cristo y aprender del Señor mansedumbre y humildad. Cada uno de nosotros deberá proceder idénticamente.

EL MINISTERIO DE EVANGELISTA ES TRANSLOCAL

El ministerio de evangelista no es necesariamente local sino que es un ministerio translocal, esto quiere decir que puede ir de un lado a otro. Lo vemos en Felipe quien estaba en Samaria, y se llega hasta el camino que va desde Jerusalén a Gaza, y después es transportado a Azoto[10]. Esta circunstancia nos señala que el ministerio de Felipe, el evangelista, era translocal, itinerante. Tiene que ser así, porque dice el Salmo 126, versículo 6, que: *“irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo trayendo sus gavillas”*. Este *“irá andando”* es indicio de que el ministerio es itinerante.

El evangelista no tiene que esperar que los inconversos vengán a llamar a su puerta. Aunque cuando ocurre un avivamiento, un derramamiento del Espíritu Santo, suelen ocurrir estas cosas. Esto me ocurrió a mí, en medio de un despertamiento del Señor. Las personas venían y llamaban a la puerta de mi casa y se convertían. Aunque algunos, pasado el tiempo, desaparecieron sin dejar huellas, otros quedaron creciendo en la iglesia, para la gloria de Dios. Con todo, podemos decir que es una excepción el que hallan de venir a golpear la puerta, pues el mandamiento de Dios es que el evangelista, el que siembra la preciosa semilla, tendrá que caminar, tendrá que salir a buscar al inconverso, y no cruzarse de brazos, esperando que llamen a su puerta. El trabajo que debe hacer el evangelista es predicar la palabra, que es todo el consejo de Dios.

La Biblia nos dice en el libro de Isaías 52:7, y lo recoge el apóstol Pablo en Romanos 10:15: *“... como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!”*. No dice hermosos son los labios, ni tampoco hermoso es el corazón, sino que dice *“hermosos son los pies”*, porque el ministerio de llevar la palabra hasta lo último de la tierra, es el ministerio de andar: el ministerio de evangelista. Como leíamos en el Salmo 126 *“irá andando y llorando”*, pero no llorando como lloraba yo cuando predicaba el evangelio, en mi pueblo de Vilanova i la Geltrú, en España, de recién convertido, con diecisiete años de edad. Eran tiempos en que el evangelismo estaba prohibido, pudiendo aun el evangelista ser encarcelado por repartir folletos. Sin embargo, yo lo hacía igual, aprovechando que era menor de edad... Me daban las puertas en las narices, me herían en mi amor propio, me decían cosas terribles y yo me afligía muchísimo. Pero no se trata de ese lloro...

Nos es lícito llorar por estas dos razones: la primera de ellas es porque la presencia de Dios nos emociona, el contacto con Cristo nos arroba y en Su presencia derramamos lágrimas. Esto lo vemos muy claramente en el momento de la adoración. Venimos a entregarle al Señor cosas buenas y a gustar de Su presencia, en limpieza y santidad, y nos levantamos llorando; y por ahí viene uno que estaba *“desenchufado”*, como se dice vulgarmente, sintonizado en otra emisora; y piensa: *“Este debe estar llorando por sus pecados, porque debe haber hecho alguna cosa muy mala”*, y entonces el tal viene y le da a uno una *“palabra profética”*

diciendo “¡arrepíentete, porque eres un rebelde!” etcétera. Por favor, que la inocencia nos valga. Entendamos que cuando venimos a adorar podemos llorar por amor al Señor.

También podemos llorar como lo hacía una niña que conocí en Zaragoza cuando se convirtió. Ella lloró por sus pecados; también por nuestros pecados podemos llorar. Esto ocurría mientras yo predicaba la salvación a los inconversos; y al verla así se me ocurrió hacerle un chiste, y le pregunté: “¿Estás contenta?” Mientras continuaba llorando, ella me respondió: “Sí, estoy contenta”. ¡Aleluya! Ella lloraba de alegría porque el Señor le había perdonado todos los pecados. Dos maneras de llorar: una, porque nuestros pecados han sido limpiados; y otra, porque la presencia de Dios nos embarga y emociona. Pero, por amor propio, porque me hicieron algo, porque me cerraron la puerta en las narices, porque un hermano me ha tratado mal; por favor, por esto no. No estamos en el jardín de infantes.

Vamos hacia adelante, hacia la perfección. El escritor de Hebreos dice en el capítulo 5, verso 12: “*Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, otra vez tenéis necesidad de que se os enseñe cuáles son los primeros rudimentos de la palabra de Dios; y habéis llegado a tener necesidad de leche y no de alimento sólido*”. ¿Hasta cuándo? Esto está bien para los que recién comienzan, para aquel joven que lloró un día por las ofensas que recibió; pero los ya maduros deberíamos orar: “Señor, libranos del mal, libranos del amor propio, de este enemigo poderoso que es nuestro ego”.

Andando, llorando y sembrando. Sembrando la semilla de mostaza, que es la más pequeña de todas las semillas, para darnos a entender que el evangelista no debe pensar en grandezas...

En el año 1969, en víspera de un viaje a España para afincarnos allí con mi familia, nos hacían la despedida en la Iglesia en Santa Fe, la primera Iglesia que fundamos desde Quilmes con el Pastor Daniel García, en medio del avivamiento de aquella época. Recuerdo que en aquel día nos estaban visitando hombres de la talla de Jorge Himitián, Keith Benson, Jack Sisler, Orville Swindol, Sørensen, y otros. En un momento de la reunión, la Iglesia comenzó a darnos palabra de bendición. Las palabras que venían sobre la obra que realizaríamos en Europa eran tan grandes, que yo, que estaba ante mi primer viaje misionero, comencé a henchirme dentro de mí; hasta que se acercó aquel hombre, a quien cariñosamente llamábamos “Papi” Miller. ¡Qué desilusión!: todas las esperanzas de gloria se desvanecieron en el alzar de su voz. Me dijo: “Jorge, no te creas nada de lo que te han dicho”. Me habían levantado hasta el séptimo cielo, y aquel hombre con un pinchacito, me arrojaba a las partes más bajas de la tierra. Cuando vio que estaba tan desanimado por sus palabras me preguntó: “¿Sabes por qué harás cosas muy pequeñas? Porque el Reino de los Cielos, que tú vas a establecer a Europa, es la más pequeña de las semillas, la semilla de mostaza”. A esta altura yo estaba desanimado del todo y al verme así “Papi” Miller, amorosamente, me dijo: “Pero la semilla se hace árbol, porque las cosas pequeñas de Dios, crecen”. Así pues, con esa palabra me fui a España.

Si quieres ser evangelista predica todo el consejo de Dios con humildad. No es que vamos a ir como San Francisco de Asís, pero iremos como Dios diga, sabiendo que el Reino de los Cielos es como la semilla de mostaza, la más pequeña de todas, que después se hace árbol y los pájaros anidarán en sus ramas.

¡Aleluya! ¡Bendito sea Dios!

3. EL MINISTERIO PROFÉTICO

Dios está hablando a Su Iglesia en estos días acerca de los ministerios. Dios hace dos mil años que está hablando sobre de los ministerios de la Iglesia, ministerios que hoy están funcionando.

Durante todos estos años hubo diferentes enfoques en cuanto a los ministerios, y por eso es que estamos desarrollando en este trabajo el enfoque que, entendemos, nos da la Palabra de Dios.

En este capítulo hablaremos de este precioso ministerio que es el del profeta. Tanto en la carta a los Efesios, como en su homóloga a los Corintios, queda claro el orden de los ministerios, viendo que el profético es el segundo después del de apóstol.

Para que tengamos una idea de lo que es un profeta, vamos a ver dos palabras que la Biblia usa para designarlo. La primera palabra es “*navi*”, que se utiliza más de trescientas veces, y significa: “*uno que proclama o declara un mensaje recibido, un vocero, un heraldo anunciador*”. Será un profeta, entonces, alguien que anuncia un mensaje por mandamiento de otro (lógicamente, entendemos que un profeta es un hombre de Dios).

La segunda palabra es “*profetes*”, que indica: “*un narrador, alguien que proclama un mensaje divino, portavoz de otro*”. Así que, podríamos decir, un profeta es un hombre con un mensaje oportuno, procedente del corazón y de la mente de Dios, para un momento determinado y para una situación específica en la Iglesia. Necesitamos, en este tiempo más que nunca, esta voz profética; necesitamos hombres capacitados, que puedan decir: *así ha dicho el Señor*.

Por eso el profeta no es como algunos piensan, un “*arruinafiesta*”, sino que un hombre con un ministerio profético es una persona que da un mensaje de parte de Dios a la congregación. Sin embargo, el ministerio profético no es solamente la predicación de la palabra de Dios.

Tenemos que decir que puede haber predicación que contenga elemento profético para una situación o circunstancia especial. No obstante, la predicación es la proclamación de la verdad divina, y no siempre esta proclamación es dada por un hermano que tenga el ministerio profético. Puede ser que venga un hermano y nos comience a predicar un sermón, y aun predicando la palabra de Dios, ejerza el ministerio profético, dando a la iglesia un mensaje especial para la situación que ésta esté viviendo. Varias veces yo he visto hermanos que han venido y han dado el mensaje justo, las pautas que Dios quería para la congregación.

DIFERENCIA ENTRE EL DON Y EL MINISTERIO

Ahora quiero hacer un par de aclaraciones, que pienso serán importantes. La primera es que hay una diferencia, por lo menos a mi parecer, entre el ministerio profético, parte de los cinco ministerios de gobierno de la Iglesia (o de los cuatro, según se entienda esta lista de Efesios capítulo 4), y el don de la profecía.

En la lectura de Hechos 21:8, encontramos al apóstol Pablo en la casa de Felipe el evangelista: “*Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él*”. Todos nos acordamos de Felipe, el que Dios usó para un avivamiento en Samaria, luego del cual lo envió al desierto, donde estuvo con el eunuco. Inmediatamente, cuando éste creyó en el Señor y fue bautizado, Dios tomó a Felipe, llevándolo a Azoto, donde continuó predicando el evangelio de Cristo, y no sólo allí, sino que lo hizo por todas partes.

Continúan diciendo los versos 9 a 11 que “... *éste tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban. Y permaneciendo nosotros allí algunos días, descendió de Judea un profeta llamado Ágabo, quien viniendo a vernos, tomó el cinto de Pablo, y atándose los pies y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles*”.

Aquí tenemos un detalle importante, porque el texto no dice *cuatro doncellas que eran profetisas*, sino, sencillamente, *cuatro doncellas*. En el Antiguo Testamento, había tres mujeres profetisas.

Luego, en el verso 10, aparece un profeta; y ya no dice *un hermano que profetizaba*, sino que dice *un profeta*, que era Ágabo.

Ahora iremos a 1ª Corintios, donde encontramos algo muy importante para nosotros. Este texto nos habla acerca del propósito de la profecía. Dice: “*Pero el que profetiza, habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación*”.

Necesitamos que haya en la Iglesia abundante palabra profética. Esto mismo es lo que está diciendo el apóstol.

Dios quiere que en la Iglesia todos profeticen, que todos ejerzan este don de la palabra profética que el Espíritu Santo da a la Iglesia local. Lamentablemente, no sabemos usar este don, o tal vez tengamos temor de ejercer este don de la palabra profética.

¿Cuántos de nosotros hemos recibido en algún momento de nuestras vidas una palabra que no nos animamos a dar? Dios quiere que todos los creyentes profeticemos, porque si cuando entra en la iglesia algún inconverso todos le dan palabra de Dios, aquel verá su corazón al descubierto, y se arrepentirá de sus pecados, y ¿sabe qué es lo que sucederá? Esta persona se convertirá al Señor y terminará siendo un adorador, una persona convertida, tocada por el poder de Dios. Así que necesitamos que el don de la palabra profética abunde en la Iglesia y esto es para todos los creyentes, para todos los hermanos. Este don lo da el Espíritu Santo para la bendición de la iglesia local, mientras que el ministerio profético es dado por el Señor a toda la Iglesia, y es tanto local, como translocal, al igual que el ministerio apostólico.

El profeta es un representante de Dios puesto por Cristo en la Iglesia.

Dice Efesios capítulo 4:11 “*Y Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros*”. Así que, por un lado, tenemos un ministerio, que es uno de los ministerios de gobierno dado a la Iglesia, y por el otro, el don de la palabra profética, que es algo dado por el Espíritu Santo a la Iglesia y que la Iglesia, cada vez más, debe ejercer para la gloria de Dios, y para que el mundo crea en Cristo y adore a Dios.

SU UBICACIÓN ENTRE LOS CINCO MINISTERIOS

Ahora bien, el ministerio profético es uno de los ministerios que tiene más que ver con el ámbito espiritual, ya que el ministerio pastoral y el apostólico son dados por Dios para la estructura gubernamental de la Iglesia, mientras que este que nos ocupa en el presente capítulo es netamente espiritual, ya que tiene que ver con la Palabra de Dios dada a la Iglesia, a fin de que sea realizada Su obra.

Está de más decir que el ministerio profético y el ministerio apostólico están estrechamente unidos para que esto sea posible. Lo vemos en Efesios 2:20 donde Pablo dice: “... *edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo*...”. La Iglesia del Señor necesita fundamentarse en apóstoles y profetas, que son los que ponen las bases para la obra de Dios, y eso pasa en todas las congregaciones.

Se ha llegado a pensar que este ministerio había sido dejado de lado, pero no es así: hoy en día se necesita mucho de él.

LA PERSONALIDAD DEL PROFETA

A esta altura, me gustaría extenderme un poco sobre de la personalidad del profeta, porque en este tiempo el diablo ha cambiado de estrategias para dañar la Iglesia del Señor. Por mucho tiempo la Iglesia fue atacada, los pastores fueron a la cárcel, los hermanos fueron muertos. Se produjo un ataque frontal a la Iglesia de Cristo y también un gran desprestigio, en el que, desgraciadamente, algunos llamados siervos de Dios han colaborado. Pero vemos que hoy en día el ataque del diablo se basa en la exageración de algunos puntos doctrinales, hasta el punto de constituirlos, casi, en una herejía. Esto es muy notorio en áreas como la demonología, la guerra espiritual y la sanidad interior, ante las cuales no asumimos una postura reacia: creemos que el enemigo ha exagerado estos puntos, y muchos pastores salieron de una línea espiritual seria para introducirse en una línea meramente emocional, pues piensan que eso conmueve a la gente. Por otra parte, están también motivados por el facilismo, porque con estas doctrinas no es necesario santificarse, y por lo tanto piensan que es mucho mejor.

Es por ello que necesitamos el ministerio apostólico y el ministerio profético, para que la Iglesia del Señor no pierda el rumbo, marchando tras sentimientos y emociones, y dejando atrás lo que es real: el Espíritu de Dios moviéndose dentro de nosotros a través de Su Palabra.

Necesitamos estos ministerios hoy en día en la Iglesia; pero un ministerio que sea de Dios, instituido y guiado por el Señor; porque, para nuestra vergüenza, hemos de decir que como nunca antes, tenemos “profetas” por doquier. Así como con las doctrinas, del mismo modo ha sucedido con el ministerio profético.

Hace tiempo yo pastoreaba una iglesia en una ciudad que, normalmente, era visitada por dos o tres profetas cada mes. Nuestra congregación no asistía a esas reuniones, pues entendíamos que muchos de estos hombres no estaban acreditados por el Espíritu de Dios.

En una ocasión, escuché a un profeta que adulaba con exageración al pastor que lo había invitado, a tal punto que manifestaba que éste era el hombre de Dios para la ciudad. Imagínese usted lo que esto significaba. Yo estaba sirviendo en una ciudad muy grande, en la que, seguramente, había muchos hombres de Dios; no obstante, el profeta manifestaba que éste era el hombre de Dios para la ciudad. En un momento, este hermano comenzó a proclamar que la unción del Señor estaba sobre él y que el Espíritu Santo lo movía. Entonces comenzó a decir: “El Espíritu Santo viene, viene” (mientras acompañaba sus palabras con ademanes sacados de quicio, creando así un clima de gran expectativa en la audiencia, la cual, en medio de la expectación, aguardaba una noticia “bomba” del cielo). “Dios me está hablando. En este momento tengo una revelación. El Señor me dice que aquí hay cien personas que tienen cien pesos para dar”.

Tal vez usted sonría ante mi relato, pero sepa que en aquella congregación la gente le creía al profeta. Fueron unas cuarenta y pico de personas las que dieron los cien pesos. En esto podemos comprobar que el hombre no era profeta, porque lo que el profeta anuncia, esto se cumple. De haber sido profeta, se hubiesen levantado cien personas y ellas hubiesen dado, tal como el hombre anunciaba, cien pesos cada una; pero no fue así.

Luego siguió predicando en el mismo tono del principio, hasta que al poco tiempo “la unción” cayó nuevamente sobre él y entonces, volviendo a emprenderla con todo tipo de ademanes, a fin de acompañar la supuesta revelación que estaba recibiendo, comenzó a decir que había en la sala cincuenta personas que tenían cincuenta pesos cada una y que iban a darlos. ¡Qué barbaridad! Había rebajado la cantidad de personas, pero esta vez estuvo más cerca, porque los que dieron el dinero fueron unas cuarenta y tantas.

Luego de unos instantes, dentro del mismo marco místico, el supuesto profeta “profetizó” que cien personas darían veinte pesos, aunque tampoco esta vez acertó la cantidad. Pese a todo, la congregación no se daba cuenta de que esto era un gran espectáculo.

En una oportunidad un hermano me habló de un profeta que visitó nuestra congregación y había profetizado determinadas cosas que no se cumplieron. Es más, sucedió lo contrario de lo que se había expresado. Esto me causó una enorme tristeza. Entonces, al emprender el largo viaje hacia mi casa, pensé largamente en cómo este supuesto profeta estaba engañando a tantos hermanos. No podía entender lo que estaba sucediendo.

Al llegar a mi casa, leí por un rato las Sagradas Escrituras y luego intenté dormir, sin conseguirlo. Entonces me levanté para ir en busca de un libro llamado *Los Padres Apostólicos*.

Este libro transcribe los volúmenes del segundo siglo, después de que murieran los apóstoles. A ese tiempo le sucedió una generación de hombres de Dios, entre los que se encontraba un hombre llamado Hermas, un pastor que experimentó muchas visiones de parte de Dios.

Abrí el libro en una de ellas. Dice así:

“Y me mostró a unos hombres sentados en un sofá, y a otro hombre sentado en una silla. Y me dijo: ‘¿Ves a estos que están sentados en el sofá?’ ‘Los veo, Señor’, le dije. ‘Estos -me contestó-, dan fruto, pero el que está sentado en la silla, es un falso profeta que destruye la mente de los siervos de Dios, es decir, los de ánimo vacilante, no de los fieles. Estos de ánimo indeciso, por tanto, van a él como a un adivinador, e inquietan de él lo que les sucederá. Y él, el falso profeta, no teniendo poder del Espíritu Divino en sí, habla con ellos en concordancia con sus preguntas (y en concordancia con las concupiscencias de su maldad), llena sus almas según ellos desean que sean llenadas. Porque, siendo vacío él mismo, da respuestas vacías a los inquiridores vacíos; porque a toda pregunta que se le haga, responde en conformidad con lo vacío del hombre. Pero dice también algunas palabras de verdad; porque el diablo le llena de su propio espíritu, por si acaso le es posible abatir a alguno de los justos. Así pues, todos los que son fuertes en la fe del Señor, revestidos de la verdad, no se unen a estos espíritus, sino que se mantienen a distancia de ellos; pero cuantos son de ánimo vacilante, y cambian su opinión con frecuencia, practican la adivinación como los gentiles y acarrearán sobre sí mismos mayor pecado con sus idolatrías. Porque el que consulta a un profeta falso sobre algunas cosas, es un idólatra y está exento de verdad y de sentido. Porque a ningún espíritu dado por Dios hay necesidad de consultarle, sino que, teniendo el poder de la deidad, dice todas las cosas de sí mismo, porque es de arriba, a saber, del poder y del Espíritu divino. Pero el espíritu que es consultado, y habla en conformidad con los deseos de los hombres, es terreno y voluble, no teniendo poder; y no habla en absoluto, a menos que sea consultado.

¿Cómo, pues, Señor -le dije-, sabrá un hombre quién es un profeta y quién es un profeta falso? Escucha -me contestó-: respecto a estos dos profetas, así pondrás a prueba al profeta y al falso profeta. Por medio de su vida pon a prueba al hombre que tiene el Espíritu divino. En primer lugar, el que tiene el Espíritu (divino) que es de arriba, es manso, tranquilo y humilde, y se abstiene de toda maldad y vano deseo de este mundo presente, y se considera inferior a todos los hombres, y no da respuesta a ningún hombre cuando inquiere de él, ni habla en secreto (porque tampoco habla el Espíritu Santo cuando un hombre quiere que lo haga), sino que este hombre habla cuando Dios quiere.

Así pues, cuando el hombre que tiene el Espíritu divino acude a una asamblea de hombres justos, que tienen fe en el Espíritu divino, y se hace intercesión a Dios en favor de la congregación de estos hombres, entonces el Espíritu Santo llena al hombre y éste habla a la multitud, según quiere el Señor. De esta manera, pues, el Espíritu de la deidad será manifestado, ésta pues, es la grandeza del poder que corresponde al Espíritu de la divinidad que es del Señor. Oye ahora -me dijo-, respecto al espíritu terreno y vano, que no tiene poder, sino que es necio. En primer lugar, este hombre que parece tener un espíritu, se exalta a sí mismo, y desea ocupar un lugar principal; inmediatamente es imprudente y desvergonzado y charlatán y habla familiarizado en muchas cosas lujuriosas y en muchos otros engaños, y recibe dinero por su actividad profética, y si no lo recibe, no profetiza. Ahora bien, ¿puede el Espíritu divino recibir dinero y profetizar? No es posible que un profeta de Dios haga esto; sino que el espíritu de estos profetas es terreno. En segundo lugar, nunca se acerca a una asamblea de justos, sino que los evita y se junta con los de ánimo indeciso y vacío... los profetas vacíos, siempre que se ponen en contacto con el espíritu de un justo, después quedan igual que antes. Te he mostrado la vida de las dos clases de profetas, por lo tanto, pon a prueba, por su vida y sus obras, al hombre que dice que es movido por el Espíritu. Así pues, confía en el Espíritu que viene de Dios y tiene poder; pero en el espíritu terreno y vacío no pongas confianza alguna, porque en él no hay poder, puesto que viene del diablo”.

Luego tenemos la editorial que salió publicada en el periódico “El Puente”, allí el pastor Marcelo Laffitte cuenta lo que sigue:

“Aquel muchacho estaba muy entusiasmado. Yo visitaba su pueblo y debía predicar en unos minutos, pero él quiso relatarme el motivo de tanto gozo.

Cuando me lo contó, no lo podía creer. Este joven, de unos 25 años, estaba excedido de peso, pero el día anterior, una ‘profetisa’ que visitó su iglesia, le había hablado en nombre del Señor y le había anunciado que rebajaría ¡10 kilos en un mes!

Creo que hoy en 1999, el Señor debe repetir aquellas palabras de Jeremías: “A causa de los profetas mi corazón está quebrantado dentro de Mí” (23:9)

Hoy se repite, en muchos lugares, lo mismo que acontecía en los días del Antiguo Testamento. No sólo no hay una palabra profética sana, valiente y correctora, sino que “en el Nombre de Dios” se dicen barbaridades; y ante audiencias grandes y entusiastas -como en las épocas pasadas- se hace creer al pueblo que todo anda bien.

Contrastando tanta mentira y demagogia, se levantaba el mensaje de Jeremías, el cual no agradaba, porque mostraba al pueblo lo mal que estaba.

Hace unos diez años atrás, una ‘profetisa’ de mucho renombre que visitaba periódicamente la Argentina, le profetizó a cada una de mis hijas. Su secretaria grababa tales predicciones y luego, prolijamente, las entregaba por escrito.

Nosotros guardamos aquellos papeles. Hace poco volvimos a leerlos y los rompimos en mil pedazos. Todo falso.

Pero una de mis hijas sufrió mucho cuando llegó la fecha de algo que le preanunciaba y no se cumplió.

A aquel joven con los kilos de más también se le habrá apagado la sonrisa al descubrir la mentira.

Nadie intenta menospreciar ni negar las profecías; pero tengamos cuidado con los excesos. No le demos púlpito a los demagogos que buscan el aplauso y la consideración de la gente, diciéndole lo que ella quiere oír.

‘No escuchéis las palabras de los profetas que os alimentan con vanas esperanzas; hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Dios. Dicen atrevidamente: Dios dijo: Paz tendréis; y a cualquiera que anda tras la obstinación de su corazón (los carnales que actúan mal) les dicen: No vendrá mal sobre vosotros’ (Jeremías 23:16-17).

Si el Señor pudiera alertarnos por lo que pasa hoy en la Argentina con tantos falsos profetas, dando vueltas por allí, Él nos diría: ‘No envié Yo a aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban’ (Jeremías 23:21).

Es muy nocivo que un predicador al que se le confía un púlpito, y que supuestamente debería tener discernimiento, y viendo las anormalidades de una iglesia, sólo diga cosas positivas (‘No vendrá mal sobre vosotros’).

Los que actúan así son gente que no ha estado con Dios antes de predicar. ‘Pero ellos, si hubiesen estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo; y lo habrían hecho volver de su mal camino y de la maldad de sus obras’ (Jeremías 23:22).

¿Cómo darnos cuenta si alguien habla en nombre de la luz o en nombre de las tinieblas? ¿Cómo saber si un profeta es verdadero o falso?

Quizá esto ayude un poco:

- Algunos tienen toda la apariencia de hablar el mensaje de Dios, pero no viven cristianamente. Observe, si usted es pastor, cuando los aloje, cómo es su comportamiento, cómo son sus charlas y sus actitudes.
- Otra señal es que diluyen la palabra de Dios para hacerla más aceptable.
- También alientan a sus oyentes, por lo general en forma sutil, para que desobedezcan a Dios.
- Tienden a ser arrogantes y a satisfacerse a ellos mismos, apelando a “golpes bajos” dados a la audiencia, adulando los oídos de la gente en lugar de ser leales a la palabra de Dios.
- Otro signo es que en la profecía no hay espacio para “la media matemática”. Si se profetiza cien, debe ser cien. No noventa.
- Desconfíe de los profetas ambiguos: aquellos que dicen blanco, pero también negro.

Recordemos también algo que es muy importante: la profecía debe estar siempre en consonancia con la Biblia. Hay una armonía perfecta entre los profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Por otro lado, el creyente tiene en la Biblia todo lo que él necesita saber para andar de manera perfecta. Es decir, que no precisa, por ello, de ninguna otra cosa para conocer la mente de Dios, más que las Sagradas Escrituras.

¡Hay quienes predicán “otro evangelio” y la gente les cree más a ellos que a la Palabra!

Lo que me produce mucha pena es ver que en las iglesias donde hablan estos fabuladores, los asientos están todos ocupados.

La gente escucha profecías, se goza en el momento, y luego las olvida. Algunos ni siquiera reparan en que no se ha cumplido nada de esos anuncios.

Seamos serios. No juguemos con el Evangelio. No prestemos oídos ni aplaudamos a adivinadores baratos que todo lo que hacen es terminar hiriendo los sentimientos de la gente.

Los pastores tienen la llave: si ellos, con celo santo, le dicen que no a los falsos profetas, y sólo ceden el púlpito a los que hablan la Palabra, serán como un escudo protector para evitar que los dardos de fuego de la mentira se claven en las muchas veces impotentes ovejas.”

Muchos hermanos vienen y dicen: Pastor, en tal iglesia hay un profeta. ¿Por qué nosotros no vamos a escuchar a los profetas? Hermanos, Dios quiere que haya muchos profetas. El ministerio profético es real, es para hoy: necesitamos profetas, pero que profeticen Palabra de Dios, por eso la primera condición de un ministerio profético es darse cuenta que el profeta es un hombre o una mujer que se mueve en la presencia de Dios. En Jeremías 23:18, Dios nos habla acerca de los profetas: “¿Porque quién estuvo en el secreto de Jehová, y vio y oyó Su Palabra? ¿Quién estuvo atento a Su Palabra y la oyó?”. Versículo 22: “Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a Mi pueblo y lo habrían hecho volver de Su mal camino y de la maldad de sus obras. ¿Soy Yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no desde muy lejos?”

Tenemos que ver que el ministerio profético es un ministerio que se mueve en la intimidad de Dios, pues un profeta es un hombre que conoce a Dios. Un profeta es un hombre que está en esa relación íntima con el Señor, porque de allí él recibe la palabra para el pueblo y no la puede sacar de su propia invención. ¿A ver qué puedo decir? ¿Qué le gusta a la gente? Eso lo hace un falso profeta, pero un profeta de Dios tiene que estar en relación y en comunión. Tiene que haber estado con Dios en la cámara secreta de la que habló el Señor en Mateo 6.

Aquellos que conocen a Dios en la intimidad, porque tienen encuentros con Él, y están empapados de Su Presencia, son los que darán Palabra de Dios al pueblo.

Yo deseo ser un profeta, un hombre que entre en la intimidad con Dios, que pueda amarle y sentir el calor de Su presencia. Que pueda oír la voz de Dios llenándole el corazón, porque el profeta va a dar la palabra, y la palabra tendrá que pasar por su propio vaso, por su propia personalidad. Por ello, necesitará estar empapado de Dios cuando diga: *Dios ha dicho*, para que esa palabra sacuda a la gente, penetre en los corazones y guíe al pueblo de Dios junto con el ministerio apostólico. Es por eso que una de las condiciones de un profeta es conocer a Dios, y ser un hombre del que podamos decir que es un adorador.

Hay muchos pastores y líderes que van a la presencia de Dios, y le hablan y oran... pero cuando terminan se levantan y se van. Un profeta se mete en la presencia de Dios para oír Su palabra.

Esto era una realidad en la vida de Elías, puesto que cuando va a ver a Acab le dice: “*Vive Jehová, Dios de Israel, en cuya presencia estoy*”. En otra oportunidad el rey de Israel y el rey de Judá van a ver al profeta Eliseo, y cuando el profeta ve al rey de Israel, le dice “*porque está el otro te voy a recibir; y te voy a dar Palabra de Dios*”, y pide que le traigan un tañedor, un músico, para que comience a tocar y para que el ambiente se llene de la Presencia de Dios. Este es el nivel en el que debe moverse el profeta.

En Deuteronomio 18:20 dice: “*El profeta que tuviere la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado hablar, o que hablare en nombre de dioses ajenos, el tal profeta morirá. Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la Palabra que Jehová nos ha hablado? si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliera lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él*”. Este texto nos está hablando de que el profeta es una persona que va a dar Palabra de Dios, y esa Palabra que sale de la presencia de Dios se cumple, y el que le cree al profeta es bendecido. Leemos en 2º Crónicas 20:20: “*... creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; creed a Su profeta y seréis prosperados*”. Si el profeta es una persona veraz, la palabra que da es palabra que se cumple, y el pueblo que le cree es un pueblo que será prosperado.

Hacemos una comparación, por antítesis, entre los profetas falsos y los profetas verdaderos. Unos son vacíos y aduladores, los otros son llenos de Espíritu Santo y dan Palabra de Dios.

Cuando el pastor Jorge Pradas viajó por primera vez a Europa, hubo muchos hermanos que le profetizaron en el culto de despedida, y hubo abundante cantidad de profecías cada vez más grandiosas. Parecía que con el viaje toda España se convertiría al pisarla con la planta de sus pies. Pero hubo un hombre de Dios que se acercó, diciéndole: “Jorge, no les creas. Todo lo que te han dicho no son más que buenas intenciones. Ellos quieren que todo esto suceda, pero no es Palabra de Dios, yo voy a darte Palabra de Dios”, y le dijo lo que sucedería. Seguramente que al pastor Pradas no le habrá gustado nada esta profecía, porque le desvaneció toda la nube de gloria que habían fabricado los que le profetizaban. Pero, en efecto, esto fue lo que sucedió. Doy gracias a Dios porque el Señor me permitió colaborar junto a él en la obra en España y fue de acuerdo con la Palabra que dio ese profeta de Dios.

CÓMO MINISTRA EL PROFETA DE PARTE DE DIOS: CON PALABRA DE DIOS, DE ACUERDO CON LA BIBLIA

Los profetas falsos son interesados, en especial, en el dinero. Los profetas verdaderos son entregados, consagrados a Dios y a la Iglesia. No buscan su propio interés, ni su propio beneplácito, sino que están dedicados a Dios, deseando que la Iglesia sea edificada y bendecida.

Los falsos profetas son soberbios y arrogantes. Los profetas verdaderos son humildes y obedientes, y se mueven bajo la autoridad de la Iglesia y del ministerio apostólico, dependiendo de Dios para cada palabra.

Los falsos profetas buscan su propia gloria personal; los profetas verdaderos buscan la gloria de Dios. Si algo se tiene que destacar en ellos es la imagen del Señor Jesucristo. Uno se mueve en el ámbito de las emociones, el otro se mueve a nivel del Espíritu con los justos.

El testimonio de uno es oscuro, el otro es un testimonio claro como el de Eliseo. Por ello la mujer que lo veía pasar por su casa le dice a su marido: *“Este varón que pasó por aquí, es un varón santo de Dios; vamos a hacerle un lugar para que more en casa”*.

Un profeta da apariencia de santidad y de amor a Dios, otros hablan como videntes, adivinando. Los profetas sólo hablan cuando Dios habla, y algunas veces no la palabra que la gente quiere oír. Lógicamente que el profeta tiene que ministrar de acuerdo a la Palabra de Dios, porque el mensaje profético, siempre, es un mensaje oportuno.

Nos dice la Escritura en Lamentaciones 2:14: *“Tus profetas vieron vanidad y locura, y no descubrieron tu pecado”*. El profeta es una persona que va a marcar al pueblo de acuerdo con los ojos de Dios, y no de acuerdo con el gusto del pueblo. Dios se entristece cuando Israel va en cautiverio, y ninguno de los profetas había dado Palabra de Dios. No habían descubierto el pecado del pueblo.

Veamos ahora en Hechos 11:27-28 la aparición del profeta del Nuevo Testamento: *“En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía. Y levantándose uno de ellos, llamado Ágabo, daba a entender por el Espíritu que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada; lo cual sucedió en tiempo de Claudio”*.

Este profeta predijo una situación que iba a vivir la Iglesia. Entonces cada uno de los discípulos, conforme a lo que tenían, enviaron socorro a los hermanos de Judea; y lo hicieron enviándolo a los hermanos por mano de Bernabé y de Saulo. El profeta predice una situación, advierte un problema, y aquí notamos que había varios profetas juntos. Ya hemos visto, en Hechos 21, cuando Ágabo predice lo que le pasará al apóstol Pablo. Los hermanos están allí, y de pronto aparece el profeta, y tomando el cinto de Pablo, se ata las manos y dice: *“Así van a llevar al dueño de este cinto”*. Los hermanos van de inmediato a Pablo diciéndole que no vaya a Jerusalén. Todos sabían lo que le iba a pasar, porque lo había dicho el profeta; porque ese profeta era un hombre de Dios. Aun sabiéndolo, Pablo dice: *–Yo voy a ir igual, estoy dispuesto*

a dar la vida. Porque si bien el profeta había dado una Palabra de Dios, el que tenía que dirigir la situación era el apóstol Pablo, porque era el único que tenía el ministerio apostólico. Debemos saber a este respecto, que el profeta siempre debe colaborar con el ministerio, nunca dirigir, sobre todo cuando se trata del ministerio apostólico.

Había un profeta llamado Efin en el año 1914, en Armenia. Este hombre le dijo al pueblo: “Dios me ha dicho que tenemos que emigrar a los Estados Unidos, porque va a venir una gran matanza sobre nosotros”, y miles y miles de cristianos fueron a los Estados Unidos creyendo la palabra de este profeta. Ellos se marcharon, dejando su tierra. Al cabo de un año, los turcos entraron en Armenia haciendo lo que hoy, tristemente, se llama “limpieza étnica”, matando a los armenios por miles. Fue un tiempo terrible. Realmente, Efin había dado una palabra de Dios.

Necesitamos estos profetas. Lo vemos en Hechos 13:1-2. “Había entonces en la Iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén, el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”.

Entonces: **El profeta colabora en la designación de los ministerios.** Esto es bueno. Dios habla y da Palabra Profética a la Iglesia. Dios levanta hombres a través de la Palabra Profética. Pero, además, **consuelan y confirman:** En Hechos 15:32 vemos otra escritura: “Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas, consolaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de Palabra”. Ahora, Judas y Silas como profetas dieron abundancia de Palabra a los hermanos, y por ello los hermanos fueron consolados y fueron confirmados.

Y, lógicamente, como hemos visto, los profetas también **predicen eventos futuros.**

PARA QUÉ MINISTRAN (EFESIOS 4:1-16)

En este texto de Efesios capítulo 4, veremos la finalidad del ministerio profético, el cual colabora junto con los otros ministerios: “Y Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.

Porque Dios es quien hace la unidad del Espíritu, pero pone los ministerios, y entre ellos al ministerio profético, para que lleguemos a la unidad de la fe. En el verso 14 encontramos que esto es para que “no seamos niños fluctuantes”.

El profeta, junto con los otros ministerios, tiene la función específica de perfeccionar a los santos, es decir, que los necesitamos para que el Cuerpo de Cristo sea perfecto y para que los santos estén preparados en la obra de Dios. El profeta es aquel que ha de dar palabra clara y justa de parte de Dios, lo cual no significa que siempre será una palabra distinta a la bíblica; porque muchas veces remarcará pasajes bíblicos, y marcará épocas en las que Dios quiere hacer énfasis en ciertas verdades que la Iglesia necesita. Muchas veces el Señor, a través de los profetas, ha hecho que la Iglesia saliera a evangelizar; y otras veces, que se abstuviera de hacerlo, para mirar hacia adentro y para que Dios pueda trabajar más en el corazón de quienes van a extender Su Reino.

Así que, para que los santos sean perfeccionados para la obra de Dios en la Iglesia, necesitamos una palabra clara y direccional que venga de parte del Señor; y el ministerio profético es el que el Señor ha puesto para dar esta palabra. Este ministerio es complementario del apostólico, que es el que dirige a la Iglesia. El apóstol dirige y el profeta da palabra de Dios para que la Iglesia y los santos lleguen a ser perfectos en Cristo Jesús, lo cual purifica la Iglesia del Señor.

Juntamente con esto va la edificación del cuerpo de Cristo que es la Iglesia, porque los hombres de Dios y Su palabra tienen que llevar al pueblo no a un individualismo, sino que tienen que edificar la Iglesia en unidad, fortalecida, y sin puntos débiles. Un edificio no debe tener puntos débiles, pues, de tenerlos, podría derrumbarse.

Necesitamos palabra que edifique al Cuerpo de Cristo, y nos lleve a la unidad de la fe, con la cobertura del ministerio apostólico. Al hablar de la unidad de la fe, no nos referimos sólo a tener unidad en la diversidad, pues esa es la unidad del espíritu, la cual es buena, puesto que es la base, sin la cual no podemos pasar a la unidad de la fe.

Tristemente, la mayoría de las Iglesias y de los pastores piensan que la unidad del espíritu es el objetivo de Dios, pero esto no es así, sino que el objetivo del Señor es que estemos unidos en la fe.

Recuerdo lo que me contó el pastor Rubén Ortiz acerca de esta unidad, comparándola con un puré de papas: llegamos al Señor y Él nos limpia sacándonos la tierra. Luego, nos va quitando la cáscara, o sea, esas cosas que traemos del mundo, dejándonos sin asperezas (mal carácter, egoísmos, etcétera), punto en el cual nosotros vemos que vamos mejorando.

Pero esto no queda allí, pues el Señor observa la papa (metafóricamente hablando) y comienza a cortarla en rebanadas. Así la papa deja de ser una unidad y se mezcla con otras papas, que son los hermanos en la fe, tanto sea de la propia iglesia como de otras denominaciones. Después de esto inicia la cocción, la cual va procesando la papa. Esto se realiza a través de la aflicción que nos sobreviene en medio del horno de la prueba.

Hasta aquí las rebanadas de papas conocen la unidad en la diversidad, pero, si bien este proceso es para gozarse, aún no es esta la voluntad final de Dios, puesto que lo que Él quiere es hacer un puré con las papas, dejando una masa homogénea, que es figura de la unidad de la fe. Este proceso el Señor lo hará a través de los ministerios, de los cuales son parte el apostólico y el profético.

No nos conformemos con la unidad en la diversidad. Debemos llegar a la unidad de la fe, a ser una sola cosa en Cristo, para lo cual nos será necesario acercarnos al Señor: cuanto más nos acercamos, más nos identificamos con Él, y así llegaremos a ser una sola Iglesia, la Iglesia que Cristo vendrá a buscar, la cual no irá detrás de cualquier viento de doctrina.

Para alcanzar esto necesitamos verdaderos profetas con palabra de Dios, que puedan decir: ‘¡Este es el camino!’

Tenemos que seguir creciendo, como dice el versículo 15 de Efesios 4: “... *sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en Aquel que es la Cabeza, esto es, Cristo*”. Para ello hemos sido llamados, para crecer en Cristo en amor y verdad.

El verso 16 concluye hablándonos de un Cuerpo que trabaja a la perfección, bien unido por las coyunturas, donde cada uno funciona en su actividad, para ir creciendo y edificándose en amor.

CÓMO MINISTRA

Dice el pastor Jorge Pradas, en su libro *Orientación Pastoral*: “Uno de los sufrimientos más frecuentes del pastor con respecto a las ovejas o a los que debe cuidar se origina en la desaprensión de ciertos profetas que, indiscriminadamente, dan la palabra sin un bálsamo que la acompañe. Y aquí estamos hablando de cómo dar la Palabra de Dios, dando como resultado la auto condenación del hermano que ha recibido la palabra, lo cual equivale a destruir y no a edificar, tal como debe ser el ministerio del profeta del Nuevo Testamento”.

Hace unos días una hermana me llamó por teléfono diciéndome: “Le dieron una palabra profética a mi marido y quedó destruido” Bueno, ese no era un profeta. A veces sucede con los profetas no ejercitados en

el ministerio pastoral, que la palabra que dan ni siquiera proviene de Dios. Así y todo, y aunque de Dios provenga, se tendrá que considerar que no hay que darla al estilo del Antiguo Testamento. Ahora vivimos en el tiempo de la gracia, porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo.

Necesitamos en este tiempo que el ministerio profético pueda crecer y pueda desarrollarse en la Iglesia.

CÓMO OBRÓ CRISTO COMO PROFETA

Cristo es nuestro ejemplo, Él era Rey, Sacerdote y Profeta: tales oficios le pertenecían.

En Hechos 3, en el versículo 22, el apóstol Pedro predica en el pórtico de Salomón, declarando a Jesús como el profeta señalado por Moisés.

Debemos decir que Jesús como profeta siempre llevó un mensaje del Padre. No inventó palabras, aun sin perder de vista que era Dios. En Juan 8:26 dice: *“...pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de Él, esto hablo al mundo”*. Con esto queremos significar que Jesucristo, como perfecto hombre, nos está dando palabra del Padre, enseñándonos a nosotros cómo debemos movernos como profetas. En el verso 29 dice: *“No me ha dejado solo el Padre porque yo hago siempre lo que le agrada”*, y luego de esto muchos creyeron. Es por ello que necesitamos hombres creíbles y para eso es menester agradar al Padre.

Juan 12:50 nos dice: *“... lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho”*. ¡Qué ejemplo es Jesús para los que tienen ministerio profético!

Muchos desean reconocimiento como profetas, pero para esto tienen que tener la vida y la palabra de un profeta como Cristo, con el ejemplo que Él dejó.

Ahora veremos tres condiciones que como profeta se cumplen en Cristo:

1. **Él predice las cosas futuras:** (Mateo 24:3-35). Predice aquello que ha de cumplirse, indefectiblemente. El Señor Jesús predijo cosas que ya se cumplieron y otras que aún aguardan su cumplimiento, pero que han de cumplirse. Cuando predijo que del Templo no quedaría piedra sobre piedra, muchos no pudieron creerlo, pero todo esto se cumplió. Lo que un profeta dice, eso tiene que cumplirse, de lo contrario no es profeta.
2. **Denuncia el pecado y sus consecuencias:** (Mateo 23:1-39). El Señor Jesús va al corazón del pecado, manifestándolo. El profeta tiene un mensaje de parte de Dios, quien no tolera el pecado. El profeta sabrá por revelación cuál es el pecado del pueblo, denunciándolo, pero también dando la solución para salir de dicho pecado. El profeta no denunciará el pecado para destrucción, sino para edificación.
3. **Les hablaba con autoridad:** (Mateo 7:29). En estos días necesitamos profetas que se levanten con palabra de Dios que ellos mismos practiquen. Profetas santos, llenos de la unción y del poder de Dios, con un mensaje colmado de autoridad, avalado por Dios.

Tenemos que anhelar que haya este ministerio profético para que pueda anunciar a la Iglesia la situación que está viviendo. Estamos en un mundo en cambio, en una Iglesia en la que gran parte de los hermanos están llenos de humanismo, y muchas veces el pecado se alivia. Necesitamos voz de Dios para la Iglesia, necesitamos profetas que se levanten en nombre de Dios; varones santos, a fin de que la Iglesia se santifique y se prepare para el encuentro con el Señor. Una Iglesia santa, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante.

Pidámosle al Señor que levante verdaderos profetas, con mensaje suyo, con Sus Palabras para la Iglesia. Que podamos decirle al Señor, de todo corazón, que estamos dispuestos a ponernos en sus manos, a fin de ejercer el ministerio profético.

A los hermanos, les dejamos la inquietud de rogar a Dios, para que Él levante profetas. Y a los pastores, la inquietud de ser, cada uno de nosotros, profetas para nuestra congregación, porque la congregación necesita oír la voz de Dios, en acuerdo con Su palabra.

Necesitamos escuchar, hoy, la voz de Dios.

4. MINISTERIO DE PASTORES Y MAESTROS (Parte I)

Con la ayuda del Señor abriremos la Palabra de Dios en Efesios capítulo 4 verso 7 en adelante, hasta el verso 13. Este pasaje trata acerca de los ministerios de gobierno de la Iglesia del Señor. En 1ª Corintios 12, encontramos una lista de dones espirituales y de ministerios, pero el objeto de dicha lista, que no es completa, pues se sugiere mucho más que eso, no es el de presentar los ministerios de gobierno en forma específica, como lo hace Efesios 4, sino que el énfasis en general es presentar los instrumentos del Espíritu Santo, como son los dones espirituales y los ministerios que obran para edificación y no para destrucción, y para el bien de todos.

Ahora bien, dentro de estos cinco ministerios, que encontramos en Efesios 4, los de pastores y maestros están unidos puesto que los ejerce una misma persona, por lo que en realidad los ministerios serían cuatro y no cinco.

Podemos observar que estos ministerios están en un orden específico. No colocados en modo arbitrario, desordenado, ni al azar: el autor pone en primer lugar a los apóstoles, luego a los profetas, en tercer lugar a los evangelistas y finalmente a los pastores y maestros. Este orden que encontramos en las Sagradas Escrituras (en Efesios 4), se insinúa también en 1ª Corintios 12.

Es importante destacar la supremacía del ministerio apostólico sobre los otros, corroborado en las cartas apostólicas y en el libro de Hechos, donde observamos esta jerarquía en funciones prácticas. De manera que el de pastores y maestros sería el último de los ministerios, o dicho de otra manera, el primero en la escala de valores yendo del menor al mayor.

Ahora bien, por ser los pastores y maestros los que inician la escala, ¿es este un ministerio de escasa importancia? A esta pregunta diremos que no, en primer lugar, porque todos y cada uno de los ministerios son importantes por la responsabilidad que conllevan; pues ya sea que gobiernen o conduzcan, están guiando a personas, a familias enteras, pastoreándolas, y por lo tanto, pueden hacerlo bien o mal.

La responsabilidad es muy grande. Si un hermano ejerce un ministerio de intercesión, que es espiritual, aunque no de gobierno, también podrá hacerlo bien o mal. Si lo hace bien, será de enorme bendición para muchos y para él mismo, pero si lo hace mal, no será de bendición para nadie. Sin embargo, no estará siendo peligrosamente negativo, ya que no estará guiando a otros a error; como ocurriría con los cuatro o cinco ministerios a los que nos referimos.

Con esto queremos decir que aunque el ministerio de pastor aparezca en un escalafón más bajo, no es de poca importancia, sino de una enorme responsabilidad.

Algo que caracteriza al ministerio pastoral por sobre todas las cosas, es ese fuerte espíritu paternal que debe tener el siervo de Dios en el ejercicio de su ministerio. Esto hemos de remarcarlo, pues hay veces que no se encuentra esta característica, si bien es totalmente bíblica. Esta paternidad ayudará al pastor a encontrar un equilibrio ante circunstancias adversas y desalentadoras. Si no encaramos nuestro ministerio con este espíritu, podríamos abandonar nuestra tarea o quizá lastimar a aquel hermano o hermana que nos está trayendo tanto dolor de cabeza.

Hay oportunidades en que por su desesperación, por no encontrar el camino, la oveja pone a prueba al pastor. En ese momento, en lugar de ponerse nervioso, el pastor tendrá que poner en ejercicio el espíritu que un padre pone con sus hijos, a quienes apacienta con amor: esperándolos con paciencia, sembrando en ellos la palabra, corrigiéndolos, orando por ellos, ejerciendo todo eso que un buen padre hace por sus hijos. Esta peculiaridad del ministerio pastoral, este hermoso aspecto paternal, no debe faltarle al pastor, sino no será tal: no será pastor, será cualquier otra cosa con título de pastor. La característica paternal, entonces, tiene que marcar no sólo al ministerio pastoral, sino también a todos los ministerios. Tanto al profético, como al evangelístico y al apostólico.

Lo que vemos en un pastor, dentro de su círculo de influencia, por pequeño que sea éste, lo tenemos que ver en grande en los ministerios mayores. Sin embargo, en la práctica no ha sido así, por eso las cosas han ido como han ido. La Iglesia se ha dividido y el cuerpo de Cristo está lastimado; y todo ello a causa de que los ministerios no hemos podido funcionar de acuerdo al propósito que el Señor tiene para su pueblo. Así y todo, confiamos que Él está restaurando los ministerios, y este libro es un pequeño aporte en este sentido.

Por Efesios 4 entendemos que el correcto funcionamiento de los ministerios conducirá a la Iglesia hacia la unidad, que es la voluntad de Dios.

El amor paternal es la característica central del ministerio pastoral, y ahora veremos algunos aspectos con relación al Señor Jesucristo.

Uno de los nombres de Dios más tiernos que nos han sido revelados en el Nuevo Testamento es precisamente el de Padre. Jesús presentó a Dios como Padre, mostrando este aspecto. Pero hemos de decir que, a veces, nosotros no llegamos a disfrutar de esta verdad en toda intensidad. Sin embargo, Dios es un Padre que se nos acerca para bendecirnos con amor y no para dañarnos.

El de Padre es un título que vemos en el Nuevo Testamento, aunque no está ausente en el Antiguo, si bien no encontramos que el pueblo se dirigiera a Dios como Padre. No obstante, hallamos las características de un Padre en el hablar de Dios acerca de sus hijos. Dios trata a sus hijos con esa paciencia, ternura y cariño que sólo un padre puede ejercer; y con esa generosidad que quizá es la cosa más fuerte que caracteriza el corazón de un padre. Si vamos a los escritos del apóstol Pablo, hallamos un sinnúmero de referencias a su relación con hermanos, a los cuales él consideraba hijos en la fe que es en Cristo Jesús. Pablo le habla a Timoteo, por ejemplo en 1ª Timoteo 1:2, llamándole *“verdadero hijo en la fe”*. Luego hay otras muchas expresiones en las que Pablo vuelve a hablar a Timoteo como un hijo suyo. También le habla a Tito, en Tito 1:4 tratándolo como un verdadero hijo en *“la común fe”*. Cuando se refiere a Onésimo, en la epístola a Filemón verso 10: *“mi hijo Onésimo”* le dice, y agrega, *“a quien he engendrado en mis prisiones”*. En la epístola a los Gálatas los llama *“hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto”* (Gálatas 4:19). Con los Corintios también tiene expresiones semejantes, y con muchos de los hermanos en particular tiene expresiones parecidas, aún con congregaciones enteras.

Pablo había captado perfectamente la visión de la necesidad pastoral que luego llenó su ministerio apostólico. Es verdad que, seguramente, empezó siendo un ministerio reducido que el Señor fue ampliando hasta transformarlo en un ministerio apostólico, en lo que a su preparación se refiere.

En San Juan capítulo 10, verso 14, tenemos un texto tan hermoso, donde el Señor se presenta como el Buen Pastor. Él dice palabras muy fuertes, que a veces al hablar del pastor como padre, ni siquiera alcanzamos a medir: *“Yo soy el buen pastor”*, y el buen pastor guía a las ovejas. *“Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas y las mías me conocen”*. No dice esto por egoísmo, pues el Señor no se aprovecha de las ovejas para sí mismo. Él no quiere obtener un beneficio, ni siquiera está pensando en una cosa así: Él está pensando en el amor con que las ama... No sé si lo piensa o no lo piensa, pero sí sé que Él está experimentando un profundo amor, que es el amor de Dios, el amor que el Padre tuvo para con el mundo, y por el cual envió a su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él crea sea salvo. Es el amor de Dios que lo llevó a desprenderse aún de aquello que nosotros no podemos entender, porque todo lo entendemos en términos relativos y en términos humanos: lo llevó a desprenderse de su propio hijo, de lo mejor de sí y enviarlo a la cruz, para salvarnos.

Tal es el amor de Dios para con nosotros. Amor insondable, amor que no tiene medidas. Dice la Escritura que debemos ser capaces de conocer las dimensiones del amor de Dios en Cristo Jesús; que no tiene altura, ni anchura, ni cosa semejante; que es imposible de medir. Ese es el amor con que Dios nos ha amado y es un amor que se transformó en el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo en la cruz. No es un amor solamente declarado, no es un amor solamente profesado; sino que es un amor probado hasta lo sumo, que equivale a decir: hasta el fin; como un texto de la palabra del Señor nos expresa.

“Nos amó de tal manera”, tiene olor a eternidad, tiene olor a perpetuidad, tiene olor a profundidad. El Señor dijo que Él daba su vida por las ovejas, y lo hizo literalmente. Cuando llegó el momento, dio su vida por nosotros.

Él usa la figura del pastor que da su vida por las ovejas. Las ovejas que tiene el Señor y las ovejas que Él nos da a nosotros, no son lindos animalitos que pueden gustarnos o no; sino que son creyentes en Cristo. Y también están aquellos que todavía no han creído, que todavía están en sus pecados, pero que son seres racionales a quienes tenemos que ministrar el amor y la gracia de Dios, y por lo tanto, merecen todo nuestro respeto.

Una cosa que también, lamentablemente, se ha perdido en mucho círculos es el respeto que los miembros de la congregación merecen. Esto no significa que no les vamos a decir toda la verdad y tampoco significa que no vamos a hablar con fidelidad la Palabra de Dios. Tenemos que ser fieles a Dios primero, y también

es preciso ser fieles a los hermanos, pero con altura, con respeto y con cariño: es una cosa muy hermosa cuando lo podemos practicar en el Señor.

Pablo se presenta como un tierno pastor, y llega a decir en Filipenses 2:17 unas palabras bastante extrañas: *“Pero aunque yo sea derramado como libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me regocijo y comparto mi gozo con todos vosotros”*. Pablo considera la fe de los filipenses como ofrenda o sacrificio que ellos, como pueblo, presentan a Dios; y él se contenta y quiere completar ese sacrificio que ellos están ofrendando al Señor, un sacrificio de fe que Dios recibe con agrado. Pablo quiere completar ese sacrificio añadiendo su propia sangre, su propia vida en el caso que él tuviera que entregarla por causa del evangelio. Y esto no es mero hablar, porque en efecto llegó a hacerlo.

Es una cosa tremenda tener semejante visión de los hermanos de la congregación, ver la fe de los hermanos y regocijarse en ella, y aun querer añadir a esa fe. Pablo dijo, *“sea derramado como libación”*: esta es una figura del Antiguo Testamento que describe algunos sacrificios en los que el vino era derramado. Pablo está diciendo: yo quisiera ser derramado como libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe y me gozo y regocijo con todos vosotros, ¡Qué pastor tremendo!

Ahora, ¿cómo es posible que podamos cumplir nuestro ministerio con semejantes ejemplos, partiendo del ejemplo del Dios Padre, partiendo del ejemplo de nuestro Buen Pastor? ¿Cómo es posible que nosotros, tan mezquinos y limitados como somos, podamos cumplir con nuestro ministerio? Dios quiere hacernos ensanchar el corazón, como una manera de capacitación para este servicio espiritual, que es el ministerio pastoral.

Este trabajo de Dios para ensanchar nuestras vidas, nuestro corazón, no está circunscrito sólo a quienes tienen ministerio, sino que es un trabajo que Dios hace con todos los creyentes. Sin embargo, esto es imprescindible en la vida de aquel que cumple estos ministerios a que nos estamos refiriendo, pues como dijimos al principio, si no hay un corazón amplio, un espíritu amplio, y si no cumplimos con generosidad nuestro ministerio, muchos van a ser lastimados, muchos van a ser heridos, muchos van a ser desorientados y mucho va a ser el mal que produciremos a otros. De cualquier manera, debemos saber que esto es algo que el Señor quiere hacer con todos los creyentes.

El trabajo del creyente no se circunscribe sólo a los que tienen alguno de estos ministerios, sino que el creyente es un sacerdote, y por lo tanto tiene que dar un servicio a Dios y a los hombres. Esta palabra es para la totalidad de los creyentes en Cristo Jesús, nuestro Señor, interesa a todos los creyentes como sacerdotes de Dios, a fin de que sus ministerios puedan ser cumplidos con amplitud y con grandeza de Dios.

Cabe agregar que no se deben minimizar los dones espirituales de 1ª Corintios 12, ni los ministerios como el de ayuda, el de intercesión, y otros que podríamos mencionar. No se debe pensar que hay un orden jerárquico, y que aquellos que ejercen los cinco ministerios, tienen una relación mayor con Dios que los que tienen dones, u otra clase de ministerios, que no son de gobierno. Si estamos enfatizando el tema de estos cuatro o cinco ministerios es porque hay una mayor responsabilidad pública delante de los hermanos y delante de Dios; pero de ninguna manera estamos diciendo que algunos están más cerca de Dios que otros; eso sólo Dios lo sabe.

El Señor le dijo a aquella madre que le rogaba por sus hijos para que uno esté a su derecha y otro a su izquierda cuando viniera en su Reino, que eso corresponde sólo al Padre darlo. Queremos insistir en esto, a fin de animar a los hermanos que no tienen estos ministerios, pero que también están en el camino del Señor. Cada uno de los hijos de Dios tiene una oportunidad como sacerdote del Dios altísimo.

En Génesis 12:1-2 dice Dios a Abraham: *“Vete de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, a la tierra que Yo te mostraré. Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre y serás bendición”*. Estas palabras le habló Dios a Abraham estando todavía en su tierra de Ur de los Caldeos. Es esta una palabra muy grande, pero que por la gracia de Dios, Abraham pudo obedecer y pudo cumplir, casi diríamos al pie de la letra.

El proyecto de Dios de sacarlo de su tierra y de su parentela, es una cosa interesante. Que Dios quiera desarraigarnos de donde vivimos, quizá es un aspecto que, a veces, a los hermanos les cuesta entender.

El desarraigo, el salir de la tierra y de la parentela, es una cosa que algunos hacen por dinero y otros para huir de situaciones conflictivas en sus países. Estamos en tiempos en que el mundo está convulsionado y hay gentes de todas partes buscando ubicación, en donde puedan, sin mencionar algo tan extremo como lo de Europa del Este. El desarraigo es más fuerte de lo que nosotros imaginamos. Es lo que decimos a los

jóvenes de nuestra iglesia, pues es normal que al salir de su casa para entrar en la Casa Bíblica, se experimente un pequeño desarraigo. Ahora, hay que considerar que el desarraigo será mayor si se tiene que hacer la Casa Bíblica en otro país, saliendo así de su tierra de origen. Quizá alguno se irá por un año, o por dos, pero hay familias, y hay hermanos, que se van a trasladar a lugares por toda la vida. Dios nos ha dicho que viene un nuevo tiempo en el campo misionero, y lo creemos.

Parece que el Señor trabajara por oleadas. Años pasados, se produjo una gran dispersión en la que muchos hermanos salieron a las misiones, por la gracia de Dios. Hay una obra hecha a causa de esta dispersión. Y ahora Dios nos ha vuelto a hablar al respecto, que viene otra nueva dispersión en Sus propósitos y en Sus planes, que aun no conocemos. El que marcha pierde contacto con su familia; pierde contacto, quizás, con trabajos y con situaciones que de alguna manera hacían al bienestar. Pero cuando uno es llamado a ir a otra tierra, a otro país, a otra cultura, donde se habla otro idioma, debe estar dispuesto, porque la Iglesia no va a parar en América Latina ni en España. La Iglesia tiene que seguir andando. Esto es muy fuerte, alguien diría que el precio es muy alto, y sí lo es, pero hay Alguien que pagó un precio más alto todavía, que experimentó un desarraigo impresionante. Siendo en forma de Dios, no tuvo el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se anonadó a sí mismo, y anduvo entre los hombres y fue a la cruz, y aquellos que seguimos sus pisadas sabemos que jamás pagaremos un precio semejante. Estamos imitando al maestro y es un gran honor seguir sus pisadas, sentir lo que Él sintió cuando vino del cielo a la tierra, por decirlo de alguna manera; porque es imposible llegar a sentir lo que Él debió sentir al verse entre los hombres. Porque esta tierra donde vivimos, en cualquier latitud, debió ser para Dios una espantosa villa miseria. Hombres detrás del dinero, de las riquezas, del pecado. Pero, no obstante, Él vino del cielo a la tierra.

A Abraham le hizo muy bien este desarraigo, y le hizo tan bien que nunca más volvió, y no porque no tuviera dinero, no porque no tuviera oportunidad, sino porque él sabía que había sido llamado. Él salió sin saber a donde iba, en pos de una palabra de Dios (que lindo que es eso ¿no?). Abraham no iba en pos de un proyecto suyo, tampoco iba en pos de una idea: “es que tengo que bendecir a la gente en Palestina”. No, no. Eso está bien, pero primero es la palabra de Dios. Abraham iba en pos de una palabra de Dios, Dios le dijo que saliera de su tierra y de su parentela. Nosotros hoy vemos su trayectoria y su final y nos parece estupendo, pero el sufrimiento lo pasó él con su familia. De pronto vio cortados los lazos familiares y comerciales, salió sin saber a dónde iba, ni para qué.

Podemos decir: solamente hay una palabra de Dios... pero es más que suficiente, es más poderosa que un portaaviones. Yo puedo salir sobre la base de una palabra, y si no tengo seguridad, averiguaré si es una palabra de Dios; pero Abraham salió en base a esa palabra sin saber a dónde iba. Dios le dijo “*te bendeciré*”, eso sí, y podríamos decir que ahí estaba explicitada la palabra. Y agrega Dios “*engrandeceré tu nombre y serás bendición*”; tres cosas: “*Te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición*”. Yo creo que Abraham era un creyente, no creo que se haya convertido en ese momento. Él era un hombre piadoso a quien Dios habló, a quien Dios llamó. Podía haber pensado en su familia. O acaso en todo el bien que podía hacer en la tierra de su nacimiento; pero todo aquello hubiera sido algo muy chiquito. No estaría en la Biblia su nombre, si Abraham se quedaba allí en Ur de los Caldeos. Abraham era muy pequeño todavía, no en su estatura, sino pequeño en su corazón, limitado en su corazón. ¿Cómo se hace para ensanchar el corazón?

Creo que este es el mensaje central: el problema más grande de los ministerios, y empezando por el pastoral, no es falta de técnica, ni de información, ni de conocimiento, que son todos elementos necesarios y buenos. Los problemas en las Iglesias se generan porque somos estrechos todavía en el corazón, muy pequeñitos, muy chiquitos. Qué inmenso regocijo experimentamos cuando vemos pastores anchos, amplios en su corazón, que han sido trabajados por Dios, han dejado al Espíritu Santo obrar, han sabido tomar la cruz y han sido padres en el Espíritu. Hombres de Dios generosos, que nunca ministran a través de lo que les parece, sino que lo hacen para bendecir a las ovejas. El hermano, la hermana, y aun el más rebelde, se da cuenta si lo están ministrando con amor o con egoísmo, porque los hermanos no son ovejas, sino personas; y a veces el que está rebelde es un creyente que tiene el Espíritu Santo también; y a lo mejor le estamos pegando con nuestras palabras, y dándose vuelta nos dice: “¿Por qué me estás pegando, por qué me pegas de esta manera?”... , enseñándonos a nosotros, porque somos estrechos, somos pequeñitos.

Abraham tenía que salir para dejar de ser pequeñito; esto no se compra ni con plata ni con oro, esto es la obra del Espíritu Santo en nosotros, y en esto tenemos que colaborar; porque si no, jamás seremos amplios. Colaborar es seguir la Palabra de Dios, es obedecer, es pararnos en la Palabra del Señor, y dar los pasos que tenemos que dar, por más absurdo que nos parezca. Porque si la palabra recibida nos parece absurda,

podremos decirle a Dios: “Señor esta es una palabra que no puedo entender, pues tengo dudas”, el Señor nunca se enoja cuando un creyente tiene dudas y le pregunta.

Abraham no tuvo dudas cuando un día Dios le pide a su hijo. Abraham no dijo: “Dios, mañana si llueve es porque es tu palabra, si sale el sol no lo es”. Él sabía que era la palabra de Dios porque ya era muy maduro, era muy ancho en su corazón. Gedeón, en cambio, cuando Dios lo llamó, tenía un miedo pánico, y dijo: “Señor, perdóname, pero yo te voy a pedir una prueba, porque estoy desesperado”. Y Dios no se enojó. A Dios sí le disgusta cuando no queremos hacer su voluntad, cuando ponemos excusas, y le explicamos a la gente: “Lo que pasa es que yo no voy a salir de Ur de los Caldeos porque estoy sosteniendo la obra acá, y como soy el pastor, ¿quién va a quedar en mi lugar?” Todo esto lo podía pensar Abraham con toda justicia...

La primera cosa es obedecer a Dios. Por otra parte, generalmente, estos transplantes producen un efecto tremendo en nosotros: no es que todos se tengan que marchar; para nada. Dios sabe quiénes tienen que quedar, y el que queda porque es la voluntad de Dios, va a crecer en su lugar. Pero aquellos a los que el Señor envía, diciéndoles: “Sal de aquí y ve a otro lugar”, deben obedecer... Obedezcamos a Dios...

Abraham nunca hubiera experimentado la bendición del Señor si no salía de su tierra y de su parentela. El Señor le dice *“te voy a bendecir y te voy a engrandecer”*, le dice, además: *“voy a engrandecer tu nombre”*. Es verdad que por un lado lo iba a hacer conocido y famoso: hoy en día todas las naciones de la tierra son benditas en Abraham (de qué forma engrandeció su nombre); pero el nombre tiene que ver con la persona, no es que meramente Dios le quería dar otro nombre, con otras letras: el nombre tiene que ver con el carácter... *“voy a engrandecer tu nombre”*... *“Tú, Abraham, eres fiel, es verdad, pero eres todavía un enano; eres todavía muy estrecho en tu corazón. Yo voy a trabajar en tu vida; déjame que trabaje en tu vida; voy a engrandecer tu nombre y serás bendición”*. Nosotros queremos bendecir sin ser bendecidos, y está bien en un sentido, pero en otro sentido no lo está. La bendición con que podemos bendecir es muy escasa si no hemos sido bendecidos nosotros, porque cuando somos bendecidos, no es sólo para nosotros mismos. Primero es para glorificar a Dios, y en segundo lugar, para ser pan para una multitud, para bendecir a muchos.

Esto es lo central, dejar que Dios nos bendiga. No se trata solamente de pedir “bendíganme, oren por mí”, sino que se trata de obedecer la palabra que el Señor nos vaya hablando. Sin inventar ninguna palabra, ni tampoco negarla. Pidiendo al Señor una palabra para caminar con certidumbre, con seguridad, y dejar que Él haga su trabajo de bendición. El desarraigo es la primera operación profunda en la vida. Si Dios te habla de ir a otra tierra, con otro idioma y otras costumbres, no tengas miedo: Dios te quiere bendecir. Por supuesto que a través de ti también quiere bendecir a ese pueblo, sí, pero primero a ti mismo. Dios te quiere engrandecer para que puedas ser de bendición a otros.

Hay una escritura en Isaías 54:2-3 *“Ensancha el lugar de tu tienda, extiende las cortinas de tus moradas, no escatimes; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás hacia la derecha y hacia la izquierda; tu descendencia poseerá naciones”*. ¿Lo crees? No seas mezquino, Dios te abre las puertas. Por lo general le echamos la culpa a las circunstancias, al país, a las dificultades, a los hermanos, al dinero, a la familia, a la suerte que nos ha tocado; y todo esto es una mentira. La Palabra dice *“Ensancha el sitio de tu tienda y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas, no seas apocado, alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas porque te extenderás”*. Eso no quiere decir tener una *“super fe”*, atropellar a todo el mundo, hacer grandes proyectos. Esto significa ser grande en el corazón, ser generoso de alma, ser padre en Dios; y esto lo hace el Espíritu Santo por su Palabra en nosotros. Saúl era un pastor mezquino. Él era rey, pastor de su pueblo, ungido por Dios no sólo para legislar y mantener el orden. Dios lo había ungido para que pastoreara a Su pueblo... Aunque Saúl era un hombre grande de estatura, era pequeñísimo de corazón. Un hombre egoísta, que no tuvo grandeza en su alma: es imposible pastorear así. El peor problema en la Iglesia es nuestra inmadurez, nuestra pequeñez...

Esta palabra es para los que somos pastores, también para los líderes, y para todos los que se están esforzando, los que tienen obras en casas de familias, y para los que lideran su familia o su casa. Se debe pastorear con ese corazón de padre que da Dios, con esa generosidad, que no quiere decir ser bonachón: quiere decir ser amoroso, pero firme... generoso, sin que se nos vaya a la cabeza. Porque, a veces, nos ponemos nerviosos, y eso es por la estrechez del corazón; es que estamos acorralados, y ya no encontramos el camino. No hay grandeza en nosotros. Clamemos a Dios para que ensanche nuestro corazón, para que nos haga grandes, para que no veamos los problemas grandes y el corazón pequeño, sino

que el corazón grande y los problemas pequeños, porque así es la voluntad de Dios que lo veamos. Saúl no pudo, pobrecito; toda su gloria pasó. Fue un ungido de Dios, pero no sabemos qué fue de él: en todo caso, perdió su vida y trajo mucha tristeza al corazón y al pueblo de Dios. Un día David había tenido esa primera victoria contra Goliath, y dicen las Sagradas Escrituras que en las villas, en los campos, y en las ciudades, cantaban las mujeres: “Saúl hirió a sus miles y David a sus diez miles” y dice la Biblia que este hombre muy grande, pero muy pequeño en su corazón, se puso celoso. En el corazón pequeño hay lugar nada más que para celos y envidias. Como yo no puedo, tampoco te voy a dejar a ti. Como yo no alcanzo, tampoco alcanzarás tú.

El corazón de Caín fue un corazón estrecho, triste... como el corazón de Saúl. ¿Sabe lo que tenía que haber hecho Saúl si hubiese sido grande de corazón? Le hubiera tenido que decir a David, “ven para acá, ¿has escuchado la canción? Dicen que tú mataste diez mil y yo mil. ¿Sabes que voy a hacer? Te voy a tomar como mi hijo, te voy a bendecir, para que después de mí seas tú el rey de Israel”... La historia de Saúl hubiera sido otra... pero era demasiado pequeño.

Pastores que quieren controlar al rebaño, que quieren saber a donde va cada uno, que quieren dar un permiso por escrito, que quieren tenerlo todo en el puño: hombres muy pequeños, que se enojan cuando uno se desencamina un poco. No tienen tristeza por esto, no claman a Dios, no buscan restaurarlo. Sólo se enojan: cuando alguien peca, se indignan.

Existen pastores grandes que se ponen furiosos cuando uno de los líderes cae, y lo anatematizan, lo mandan al quinto infierno; lo único que falta es que le pongan leña abajo y le prendan fuego, para quemarlo como en los buenos tiempos. Pastores grandes, pero pequeños; pastores con grandes funciones, pero pequeños. Seamos grandes de alma “*ensancha el sitio de tu tienda -dice Dios-, sé grande, no pelees por tu sitio en la Iglesia, pelea por ser grande, por obedecer a Dios, por servir a los hermanos*”.

Por último, debemos entender cómo podemos llegar a tener ese corazón; y aquí es necesario puntualizar dos cosas: primero que nada, es preciso dar prioridad a nuestra relación con Dios antes de toda otra relación; hay demasiados siervos de Dios inteligentes, instruidos, preparados, laboriosos, y estamos contentos con todas esas cualidades; pero lo primero es la relación con Dios. Lo primero es nuestra comunión con Él, y muchas veces la relación con el Señor es escasa, es una oración a la disparada porque estamos apurados, cuando debería ser totalmente al revés. Lo primero es nuestra relación con Dios. Veamos al joven Samuel: Cuando era un adolescente, Dios lo llamó: “*Samuel, Samuel*”. Entonces Samuel se fue a Elí, y le preguntó: “¿me has llamado?” A lo que respondió Elí: “No, no te he llamado”. Cuando esto se repitió por segunda vez, Elí agregó: “Si te llaman otra vez, di: ‘Habla Jehová que tu siervo oye’”. Fue entonces que, cuando por tercera vez Dios lo llamó, Samuel respondió como Elí le había indicado, y el Señor habló. Ahora bien, Samuel era una buena persona, era piadoso, era temeroso de Dios, era fiel a Elí, no era un insurrecto, ni un sinvergüenza: reconocía la autoridad espiritual de Elí, aun cuando tuviera razones para dudar de su autoridad. Samuel no entró a juzgar eso, él era fiel a Elí, y hasta que no hizo lo que Elí le dijo, hasta que no se puso delante de Dios, Dios no le habló. Dios puede hacerlo igual, pero hasta que no busquemos su palabra y busquemos que la palabra que leamos nos hable al corazón, vamos a leer, y vamos a orar y no vamos a escuchar nada. “Habla, Señor, que tu siervo oye... ¡Habla, Señor!” Y ante el primer conflicto, ante un problema cualquiera, nos encerramos y clamamos “¡Señor, háblame por favor!, estoy dispuesto a escucharte, no traigo nada en mi cabeza, no estoy enojado, rindo todo a tus pies, háblame por favor”.

Primero, la relación con él. Nuestro amor a Dios, nuestra adoración, nuestra vida devocional profunda, va llegando al corazón, y recién entonces Su Palabra, Su Espíritu, nos quebranta. Si no hay quebrantamiento, no pasa nada. Dios trabaja en nosotros, a veces quebranta en forma violenta, a veces viene como un silbo apacible que va tocando el corazón, y nos va cambiando. Dediquemos tiempo a buscar al Señor y a escucharle, démosle importancia a la búsqueda de Dios. Cuando oímos esto, todos decimos “sí, sí”; pero en la práctica, es como si dijéramos “no, no”; y así están las cosas. Démosle importancia a esto, no demos soluciones rápidas que se nos ocurran y menos en nuestra indignación o en nuestra rabia. Primero arrepintámonos de nuestra rabia y de nuestra indignación y que el Señor nos pueda hablar.

¿Cómo puedo ensanchar mi corazón? : que Dios venga a mi alma, a mi espíritu; y por último, utilizando toda la revelación que tengo con los hermanos, a quienes nos tenemos que brindar amorosamente, y a

quienes tenemos que servir. Ser pastor no es tener una jerarquía eclesiástica, sí lo es en cuanto a que gobierna, pero no lo es en su condición social. El pastor es un siervo, no solamente de Dios, sino también de los hermanos. Cuando ministramos, lo hacemos, por lo general, de profesor a alumno... Pero Jesús tomó la toalla, se arrodilló, y empezó a lavarle los pies a los discípulos, diciéndoles *"para que como yo he hecho, vosotros también lo hagáis"*. No creemos que nosotros también tengamos que traer un montón de lebrillos y palanganas para lavarnos los pies, cosa que podría ser si el Espíritu Santo lo dice. Sin embargo, sí tenemos que tener el Espíritu de Cristo, sirviendo a los suyos como Él los sirvió. Dice la Escritura *"sabiendo que todas las cosas Dios se las había dado en sus manos, había salido de Dios y volvía a Él"*. Con esta grandeza, incomprensible para nosotros, se levantó, tomó el manto y se lo quitó, se ató la toalla y arrodillado empezó a lavarle los pies a los discípulos.

Pastor, este ministerio está para servir a Dios y a los hermanos con humildad, con amor. Cuántas misiones han sido hechas y ha habido hombres que fracasaron porque les fueron a predicar a los pobres nativos, pobrecitos, y todavía riéndose de ellos, y no poniéndose a los pies de ellos, para bendecirlos. Cuando nos pongamos a los pies de ellos, pronto tendremos líderes entre los aborígenes, piadosos, laboriosos. Cuando nos pongamos a los pies de quienes ministramos, Dios hará cosas nuevas, porque lo hizo con nosotros, y lo está haciendo con nosotros...

Nos hace bien humillarnos, el corazón se va agrandando un poquito más, se ensancha el corazón.

No seamos pigmeos, seamos como Abraham, que obedeció a Dios y se sometió a todo el proceso de Dios.

¿Sabe lo que será la Iglesia con pastores, con profetas, con maestros, con evangelistas, con apóstoles así?

Oremos para que así seamos nosotros. De esta forma, la Iglesia del Señor que Él ha ganado con su sangre llegue a ser preciosa a los ojos de Dios, y a los ojos nuestros.

5. MINISTERIO DE PASTORES Y MAESTROS (Parte II)

Otra vez volvemos a Efesios capítulo 4, viendo de manera exhaustiva los versículos 7 al 13. Dice así la palabra de Dios:

“Pero a cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por tanto, dice: Cuando ascendió a lo alto, llevó cautiva una hueste de cautivos, y dio dones a los hombres. (Esta expresión: Ascendió, ¿qué significa, sino que Él también había descendido a las profundidades de la tierra? El que descendió es también el mismo que ascendió mucho más arriba de todos los cielos, para poder llenarlo todo.) Y Él dio a algunos el ser apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, y a otros pastores y maestros, a fin de capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.

Quisiéramos, con la ayuda del Señor, ver en este texto algunos puntos que tienen relación con el ministerio al que nos referimos.

Dijimos en otro capítulo que el ministerio pastoral es uno de los mencionados específicamente en Efesios capítulo 4, y, por tanto, tiene una responsabilidad concreta, y además, distinta de los demás ministerios, servicios o dones que el creyente puede desempeñar en la Iglesia del Señor. Aquel que posee, entonces, uno de estos ministerios, o varios, o todos ellos, tiene que entender que debe asumir la responsabilidad por su ejercicio.

A continuación, haremos una diferencia, no profunda, ni técnica, sino sólo a los efectos de lo que hablaremos en adelante.

En la epístola a los Corintios, Pablo menciona los dones espirituales. Hay hermanos que han recibido de parte de Dios algún don o varios de ellos, los cuales ejercen de todo su corazón, con toda su fe y con todo su amor. Sin embargo, estos hermanos no gobiernan la Iglesia a través del don recibido. Ahora bien, esto está claro para la mayoría de nosotros, pero no es así en muchos círculos, ya que al haber nuevos derramamientos del Espíritu, y en tanto que el Señor da dones extraordinarios, comenzamos de nuevo con los conflictos.

Cuando tuvimos esta última visitación del Señor, que conocimos como la “unción” y que por cierto fue hermosa, los hermanos que recibieron determinados dones, o determinada gracia (algunos de manera transitoria), admitían que no podían controlar eso, y que les era necesario respetar lo que habían recibido del Señor.

Esto nos parece muy bien, pero les faltaba saber algo: en Efesios capítulo 4 hallamos algo de parte del Señor: que los dones que nuestros hermanos recibieron, ya sean estos pasajeros, o definitivos, no hacen caducar los ministerios que allí se describen. El Espíritu, a través de Pablo dice, enseña y muestra, que los que gobiernan la Iglesia no son los que ostentan el don más poderoso, o un poder para realizar cosas espectaculares, como en ocasiones el Espíritu Santo derrama para sus santos propósitos. La Iglesia sigue estando, pues, en manos de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Cualquiera sea la situación que la Iglesia tenga que vivir, si nos salimos de los carriles vamos por mal camino, enfrentándonos al peligro de terminar mal. Debemos respetar lo que el Espíritu Santo ha puesto en la Palabra para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe.

Es posible que algún día estos ministerios queden sin trabajo, cuando esté completa la edificación del Cuerpo de Cristo, porque formaremos parte, como cualquiera de los hermanos, de ese impresionante edificio en Dios.

Este edificio al que nos referimos será completado para morada de Dios, en el Espíritu. Yo no sé en qué momento preciso esto se va a realizar, pero será el momento en que habrá cesado nuestro trabajo, y juntos recibiremos al Señor en el aire. ¡Gloria a Dios! Así y todo, y hasta tanto llegue ese día, nos dice la Escritura, los ministerios están puestos para la edificación del Cuerpo de Cristo.

En el capítulo anterior hemos marcado la diferencia entre los dones y otros ministerios que el Señor ha derramado en Su Cuerpo. Dijimos que no son, precisamente, ministerios de gobierno, sino ministerios para servir a Dios, o bien para servir a la Iglesia. La mayoría de nosotros tenemos esto muy claro, o por lo menos, mientras no haya un derramamiento excepcional del Espíritu. Cuando el Señor vuelva a enviar un mover del Espíritu, tal vez algunos se pondrán nerviosos y saldrán de su cauce, pero es preciso que quede bien claro que Dios tiene canales para tiempos normales y para tiempos excepcionales y Su palabra no pasará aunque pasen el cielo y la tierra.

Reconocemos a muchos siervos de Dios que recibieron una bendición especial en esos días, y, sin embargo, siguieron respetando estos canales, encontrando así la gran bendición al permitir que los ministerios sigan gobernando la Iglesia.

Alguna vez hemos puesto como ejemplo un caso típico, que muchos de nosotros hemos visto en la práctica. En una Iglesia gobernada por un pastor muy sencillo, un miembro de la congregación recibe un don, por ejemplo el de sanidad. Mientras se le sane uno, no hay problemas, pero cuando se le sanan dos o tres, ya no lo puede parar nadie, ni siquiera el pastor. El hermano siente que ya no está contenido y cree tener la libertad de fundar una Iglesia, comenzando un nuevo grupo, dividiendo así el Cuerpo de Cristo, de manera insensata y lastimosa.

Esto no es lo que enseñan las Sagradas Escrituras. Los dones, por más preciosos, importantes o impresionantes que sean, tienen que estar sujetos a los ministerios de gobierno de la Iglesia como ocurrió en la Iglesia primitiva. Tal vez en pocos años veremos funcionando en la Iglesia del Señor estos dones, pero, repetimos, sujetos a los ministerios.

En la Iglesia primitiva algunos apóstoles eran poderosamente usados en señales y milagros. De otros, no se menciona nada a este respecto. Sin embargo, unos y otros estaban en su puesto, ocupando su lugar, ministrando y bendiciendo el Cuerpo de Cristo en la tierra.

La primera diferencia que es necesario establecer entre los dones y los ministerios, es que los dones no gobiernan la Iglesia, cualquiera sea su naturaleza, a menos que estén conferidos y ejercitados por aquellos hombres que ejercen algún ministerio de gobierno.

También se debe marcar la diferencia con respecto a los talentos. Los talentos entendemos que son aquellos dones naturales que no necesariamente han venido por la obra del Espíritu Santo, pero que Dios ha puesto en nosotros y nosotros podemos poner al servicio de la Iglesia. Puede que alguno que posea estos talentos tenga también alguno de los ministerios de Efesios, capítulo 4, y use sus talentos para bendecir la Iglesia del Señor. Sin embargo, no tendrá el gobierno de la Iglesia por el mero hecho de ser talentoso en lo natural.

Por último, están los ministerios propiamente dichos, como por ejemplo el de intercesión, y otros, que no son los detallados específicamente en este texto que nos ocupa. Ministerios que bendicen al Cuerpo de Cristo, y que son de una importancia fundamental en la Iglesia del Señor.

Ojalá que en cada iglesia se levantaran personas fiables que pudieran cubrir a la iglesia local, orando por todos los hermanos. A través de los años, ha habido hermanos que han persistido en intercesión a favor de la Iglesia del Señor, lo cual nos produce mucha alegría: es una gran bendición, cuya magnitud nosotros apenas podemos medir. No obstante eso, debemos decir que por más grande que sea este ministerio, no ha llegado a guiar la Iglesia del Señor como tienen que guiarla los ministerios detallados en Efesios capítulo 4.

De manera que hacemos estas diferencias porque estamos hablando de distintas responsabilidades. Una es la responsabilidad de aquel que pone un don o un talento, cualquiera sea éste, a disposición de la Iglesia del Señor; y otra, muy distinta, la responsabilidad de guiar, en el Espíritu, los destinos de la Iglesia, ejerciendo los ministerios de gobierno.

En alguna medida, es posible que alguien que ejerza estos dones o talentos, o alguno de los ministerios que no sean de gobierno, flaquee en algún momento determinado. Mas esto, de ninguna manera, se lo pueden permitir aquellos que ejercen alguno de los ministerios de Efesios, capítulo 4, y esto es así por varias razones que detallaremos a continuación:

1. POR ESTAR GUIANDO A OTROS

Recordemos que los que ejercen talentos o dones no necesariamente están guiando a otros, aunque, ciertamente, influyen en la Iglesia en cuanto a testimonio y a bendiciones. No así el que está puesto en el ministerio pastoral, pues éste sabe que está guiando a otros. Ésa es su misión, es su función, y allí radica lo delicado del asunto. En los años en que no proliferaban los relojes de pulsera ni los de bolsillo, y era, por tanto, necesario ver la hora en los relojes de las plazas, Spurgeon decía que si alguien tenía su reloj descompuesto, no era demasiado problema, pues sólo traería perjuicio para sí mismo: podría perder el tren, llegar tarde a su trabajo, o tener algún contratiempo. Pero si el que estaba equivocado era el reloj de la plaza, reloj que todo el mundo miraba, cotejaba y controlaba, el asunto era muy grave, porque hacía que otros se equivocaran también. Creo que esta ilustración es una forma muy sencilla de mostrar lo que sucede con el ministerio pastoral.

Si el pastor permanece en su sitio habrá de ser de gran bendición para todos, aun en las crisis que le sobrevengan como a cualquier creyente, y, posiblemente, todavía en crisis mayores que las de cualquier creyente; puesto que los pastores no estamos exentos de sufrirlas. Pero esas crisis el Señor las usa para mayor gloria de Su Nombre, y para ensanchar nuestro corazón.

Sin embargo, el pastor no puede permitir que esto lo note la congregación. No puede dejar entrever que está en medio de una crisis y que el camino se le está terminando: esto es algo que tiene que resolver con Dios. Él tiene la responsabilidad delegada por el Señor, y con su vida está guiando a otras vidas, no sólo con su palabra, que, con toda seguridad, la congregación oír, sino también con su vida, con lo que él es. Por tanto, la oveja lo seguirá. La oveja es una persona, de carne y hueso, una persona racional, un creyente que sigue al pastor, y esto nos plantea un interrogante: ¿Qué pasa si el pastor dice que no va más y se detiene en el camino? Pondremos un ejemplo que es muy fuerte, pero que puede suceder.

Consideremos a Abraham, su llamamiento, su desarrollo, su obediencia a la palabra, su paso de fe inmenso que hizo que fuera a una tierra que no conocía. El proceso de Dios en su vida fue muy fuerte. Vivió largos años y el Señor le dio a vivir experiencias tan dolorosas como la separación de su sobrino Lot. Con seguridad, fue un peso en su corazón ver que su sobrino no entendía su visión, ni la necesidad de seguir juntos, en unidad. Vivió también la experiencia de salvar a su sobrino de manos de los cinco reyes que atacaron a Sodoma y Gomorra, y luego, por segunda vez, cuando Dios decide destruir estas ciudades.

Fueron pasando los años, a través de los cuales Abraham llevó una vida de fidelidad al Señor y de obediencia: aún así, Dios no le daba el hijo prometido. Las circunstancias cada vez eran más apremiantes, iba envejeciendo, y para colmo, su esposa era estéril. Todo se agravaba hasta que llegó la palabra del Señor acerca de que desde ese momento a un año iban a ocurrir cosas milagrosas. Entonces llega el nacimiento de Isaac. Ahora tiene el hijo, lo que más quiere. Quizá tenía, por entonces, una edad de entre 115 ó 120 años. Hubiera podido, como un viejo luchador, rememorar las cosas que había pasado en su vida y dar gracias a Dios por Su fidelidad, y por haberle permitido permanecer fiel al llamamiento con el cual había sido llamado; y ahora... bueno, esperar, pero... ¿esperar qué?

Era el tiempo del Antiguo Testamento, estaba lejos aún la venida del Señor, pero podía esperar pasar a la eternidad y estar con el Padre a quien amaba, a quien había llegado a conocer, quien había llegado a llamarlo “amigo” en la tierra. ¡Una cosa impresionante!

Estaba prácticamente todo hecho, pero aquella mañana Abraham se levanta y recibe una palabra del Señor. Mucha gente se pone contenta cuando recibe una palabra de Dios, pues esto es hermoso. Hay gente que recibe una palabra y nos cuenta cosas maravillosas; pero esa mañana, la palabra que recibió Abraham, decía: *“Toma ahora a tu hijo, tu único, a quien amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré”*.

Dios le habló aquella mañana. Nosotros conocemos la historia, pero él la tenía que vivir... Podría haber dicho: “Señor, yo tengo la batalla ganada; Señor, estoy como Pablo (aunque no conoció al apóstol), ya acabé la carrera... Señor, luego de tantos años de fidelidad a Ti, ya estoy viejo para este trote”. Sin embargo, Dios le pidió al hijo, y él podía acceder o no, a tal petición. Nosotros escuchamos la palabra del Señor, vez tras vez, y podemos obedecer o no; podemos poner excusas tales como: “Más adelante, ahora no. No entiendo. Esto no concuerda con la teología, porque los hijos no se pueden sacrificar”, y comenzar a enseñarle a Dios cómo tiene que obrar.

Total que Abraham podría haber dicho que no, pero dijo que sí, y se abrió un nuevo capítulo en su historia, el mejor capítulo de su vida. Mejor que cuando nació Isaac, aunque lo de Isaac estuvo bien, fueron años de

fe. Pero Abraham fue a entregar ese tesoro que había recibido de Dios y del que podía haber pensado “Esto lo recibí de Dios y no me lo toca nadie”. Sin embargo, Abraham dijo: “No me lo toca nadie, pero Dios sí. Él puede tocarlo, porque es Soberano”.

Abraham eligió caminar con Dios una milla más, la más gloriosa de todas ¡Aleluya! Hacemos un llamado a los hermanos avanzados en años, que han estado caminando en el Señor: ¡Qué futuro hay, hermano, no te jubiles jamás! Hermano, tal vez tú tengas muchos años, y pienses que está todo terminado, pero ten en cuenta que es posible que recién comience la historia más gloriosa.

Tengamos como ejemplo a Corrie ten Boom que vivió cincuenta años haciendo su trabajo rutinario en una antigua relojería, vendiendo relojes y bendiciendo a la gente, porque sentaba en su mesa a los necesitados. Sin embargo, su trabajo fue casi insignificante. Pero en cuatro días paso a la historia con su actividad a favor de aquellos que eran llamados a la muerte, guardando, a riesgo de su propia vida, a los que eran arrastrados a los campos de concentración para ser masacrados, más tarde, en las cámaras de gas o quemados. ¡Aleluya!

No se terminó la carrera. Ponte contento viejo amigo; sonríe, pues no se terminó el camino. Cristo está al final. Cuando se elige el camino, se debe seguir hasta el final.

La pregunta que cabría es: ¿Qué hubiese pasado si Abraham le hubiera dicho ‘no’ a Dios? Él era un guía de multitudes, y esa multitud se hubiera estancado con él.

Cabe preguntarnos hoy, qué sucede si el pastor dice un día: “No, esto yo no lo acepto; de ninguna manera puedo aceptarlo. ¡Qué proceso, ni qué proceso! Estoy cansado de pasar por penalidades. No puedo sufrir más”. ¿Qué sucede, hermano, si nos quedamos en el camino? ¿Qué ocurre con los que vienen detrás? Los que vienen detrás empiezan a tropezar con nosotros: estamos viendo el triste espectáculo de iglesias en que los hermanos se van porque el pastor se quedó en el camino.

El que tiene ministerio pastoral asume una enorme responsabilidad. No se puede dar el lujo de quedarse, tiene que seguir a Cristo hasta el final. El pastor tiene que ser el primero en seguir a Cristo.

Yo he visto vidas quebrantadas, confundidas, afligidas, preguntándose: ¿qué pudo pasar? ¿Cómo es posible que viniera corriendo la carrera con tanto gozo y que de pronto, aquel que parecía un verdadero líder, se encuentre tirado junto al camino? Al pastor no puede sucederle eso. Existe en Dios la provisión suficiente para seguir, más allá de la muerte, más allá de ese límite que parece intolerable. Más allá va a descubrir todavía la mano de Dios que lo recoge. Si a veces aflojó porque tuvo miedo, es el momento de ponerse en las manos de Dios y decir “Si perezco, que perezca, pero Dios será glorificado. ¡No me quedaré jamás!”

2. POR HABER SIDO LLAMADO POR EL SEÑOR

El llamado lo recibimos de parte de Dios. Podrá decirse que los dones y talentos también los hemos recibido de Él. Sin embargo, para estos ministerios se necesita un llamado muy específico. No existe nadie que entre en el ministerio porque tiene ganas. Es bueno apetecer obispado, es decir, que es válido el deseo de ser anciano, o pastor, o aun más que esto, pues la Escritura dice “... *el que anhela obispado, buena cosa anhela*”; pero también dice “... *y nadie toma este honor para sí mismo, sino que lo recibe cuando es llamado por Dios*”. Nadie puede constituirse en apóstol si no fue llamado, pero hay quienes lo hacen. Hay gente que se auto titula apóstol, o profeta, o evangelista, o pastor y maestro, pero el verdadero llamado procede del Señor.

Si preguntáramos a Moisés por qué se puso a conducir al pueblo, nos respondería que fue Dios quien le habló desde una zarza. Por ello, cuando vino la aflicción sobre su vida, y más de una vez, quizá haya pensado: “¿Quién me habrá metido a hacer esto?”. Seguramente se habrá acordado de la zarza, y habrá dicho: “Él me envió”.

Un día, junto al Mar de Galilea, el Señor llamó a Pedro y a los demás discípulos. Luego de esto, seguro que vinieron crisis. Nadie como Pedro podría contarnos de las crisis que vivió aun blasfemando contra el nombre del Señor, diciendo que no lo conocía y negándole. Sin embargo, el Señor con ternura se acercó a él después de resucitado. En aquel día, junto a la rivera del mar, ellos tienen aquella reunión mientras

comen un pez asado y, entonces, el Señor hace a Pedro aquella triple pregunta: “*Pedro ¿me amas? Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos*”. Pedro sabía que tenía un llamado. También sabía que había fracasado, que había pasado por una amarga experiencia; pero Dios lo llamó y lo volvió a llamar de nuevo. El Señor sabía que con aquel llamado del mar de Galilea no era suficiente, pues Pedro había caído, negándole; por ello debe hacerle un nuevo llamado para restaurarlo.

Conocí un muchacho que dirigía los cultos y preparaba sermones. Recuerdo que después de dos años de trabajar con él, pensé “¿qué pasa con este muchacho?”, pues era la primera vez en mi vida que estaba con alguien con quien no tenía ninguna comunión. Nos apreciábamos, conservábamos una buena relación, no había dificultades entre nosotros, pero tampoco fluía nada. Todavía no lo sé, Dios no me lo ha revelado, pero creo que él no tenía un llamado del Espíritu Santo.

No podemos meternos en un ministerio sin ser llamados, esto es muy doloroso: abrazar el ministerio es algo muy serio si Dios no nos llama a ello. Dios puede habernos llamado a otra cosa y no para la tarea del ministerio. Quizá en este caso concreto era la ambición personal desmedida de conseguir algo, de conquistar algo: tal como alguien hace en una empresa, lo hacía él en la Iglesia del Señor. No estoy descalificándolo, es una buena persona, pero estoy refiriéndome a la importancia del llamado de Dios: si no estamos seguros de nuestro llamado, es un problema nuestro.

El pastor deberá solucionarlo con el Señor y recibir consejo del ministerio que lo cubre. Recuerdo que hace unos años un hermano fue enviado a un pueblo lejano. Él nos dijo que tenía un llamado muy importante, el cual nosotros no teníamos derecho a poner en duda. Nos compartió que tenía este llamado y que estaba dispuesto a cumplirlo. Durante años insistió, y finalmente fue enviado; pero cada vez que se encontraba con nosotros nos hacía reclamos sobre por qué no estábamos haciendo la obra con él en ese pueblo. No lo estábamos haciendo, porque Dios lo había llamado a él y no a nosotros.

Hermanos, el ministerio pastoral es delicado, no podemos asumirlo para luego echarle a otro la culpa de nuestros problemas o de la falta de ayuda. Si hemos recibido un llamado, tenemos que cumplir con ese llamado; y si no lo hemos recibido, pues, dediquémonos a otra cosa.

El apóstol Pablo le aconseja a su discípulo Timoteo que cumpla con su ministerio, con el llamado que el Señor le había hecho. Parece estar diciéndole: “¡Cumple tu ministerio, cúmplelo! No le echas la culpa a nadie, ni al ministerio apostólico ni a ningún otro por tus problemas, por tus fracasos. Cumple tu ministerio porque a esto te ha llamado Dios”.

El ministerio apostólico es la cobertura del ministerio pastoral, pero no ha de hacer el trabajo que le compete hacer al pastor en el lugar donde Dios lo puso.

El ministerio apostólico es el que reconoce esa gracia que Dios ha puesto sobre algunos hombres llamados a servirle y los unge para la tarea pastoral.

3. EL SOSTENIMIENTO DEL PASTOR

Dios sostiene a sus siervos en lo económico, y éste es un asunto delicado. A esta altura podríamos decir: ¿Cuánto pagan?, ¿Cuándo viene el giro?

El apóstol Pablo enseñó a las iglesias a sostener a los que viven del Evangelio. No a los vivos del Evangelio, sino a los que viven del Evangelio. Él emplea literalmente la expresión “*viven del Evangelio*”, porque son los que están dedicados a la obra del Señor, y son merecedores de doble honor y de ser sostenidos.

Es un gran privilegio para la Iglesia tener hombres y mujeres sostenidos, con dedicación exclusiva, principalmente a la Palabra y a la oración. Ojalá que podamos tener muchos más, y que esto pueda ocurrir en Europa, donde hay mucho dinero, pero no para el ministerio. Allí no ven todavía esta necesidad de sostener a los que están dedicados en exclusividad a edificar el cuerpo de Cristo, y esto es muy triste.

Por esta razón se hace necesario sembrar mucho en Europa y trabajar con ellos. Pablo enseñó que la Iglesia debe sostener a los siervos de Dios, y nadie ha sido tan claro como él en esta enseñanza. En las distintas

cartas, con una gracia impresionante, Pablo habla de la ofrenda de la iglesia y de la necesidad de proveer para aquellos a los que el Espíritu Santo ha separado para dedicarse a la obra. Sin embargo, el apóstol Pablo nunca exigió nada a nadie. No hay un solo versículo donde diga “me tienen que sostener”. El único que vamos a encontrar está en la Epístola a los Corintios, donde dice que ellos no lo han sostenido, agregando que, para servirlos, ha despojado a las iglesias. La parte económica la había recibido de otras iglesias, mientras los Corintios muy contentos habían recibido la bendición. ¡Qué bien, tenemos a Pablo con nosotros! Estaban encantados, pero cuando Pablo les prohibió que le dieran una sola moneda porque no la iba a aceptar, les dijo: “esta gloria, no me la van a quitar ustedes”.

El apóstol Pablo no pidió dinero a los Corintios, sino que les reprochó la falta de colaboración y les dijo que habían perdido la oportunidad.

Cuando llegó el momento en que las iglesias no lo sostenían por una razón o por otra, a veces porque las comunicaciones no eran tan fáciles, y el dinero que enviaban demoraba meses en llegar; o quizá porque los hermanos que tanto lo querían no eran tan ordenados, y a veces sentían de mandarle mucho, y otras veces no sentían nada, el apóstol se puso a trabajar y dijo “para lo que fue necesario, estas manos me han servido”.

Decía Watchman Nee: “Si tienes necesidad de dinero, que nadie se entere, díselo al Señor”. Dios se responsabiliza por el siervo que sale a la obra, y con aquél que está luchando con la misión que le fue encomendada. Pero hay siervos que reniegan de su misión, que pelean con la iglesia, o con los diáconos, y que despotrican contra los hermanos, porque no saben que dependen del Señor y no de la iglesia. Si ésta lo sostiene y es puntual, ¡gloria a Dios! Pero si deja de hacerlo, se enojan. Esto lo pensé muchas veces, y si me sucediera algo así, volvería a ser tenedor de libros, o a trabajar en lo que mis manos puedan hacer.

Es tan precioso que los pastores no se sientan empleados de la iglesia. Hermano, no hagas sentir al pastor como un empleado, porque le harás un gran daño: el pastor tiene un patrón, que es el Señor, quien le dará o le quitará y con quien tiene que arreglárselas, no abajo, sino arriba; y cuando es necesario, para eso tiene las manos: trabajará como cualquier otro, así como sirve a Dios.

4. EL SOSTENIMIENTO ESPIRITUAL

Dios va a sostener a sus siervos espiritualmente. Él no nos ha llamado para dejarnos abandonados, ni nos somete a pruebas para reírse de nosotros. ¡Qué triste el pastor al que le falta la fe! ¿Cómo podrá ministrar a otro si él mismo no cree? ¿Cómo le dirá a un hermano que está en tribulación: “Busca a Dios que Él te va a contestar”, si él mismo no sabe lo que es eso? El pastor tiene que encontrar su propia salida; él debe saber que Dios tiene superabundante gracia para derramar.

Hay veces que parece que Dios nos suelta de su mano. Tal vez sea hoy ese día. Tal vez seas pastor en un pequeño pueblito, donde no hay recursos ni trabajo; con todo, el apóstol Pablo te diría: “Cumple con el Evangelio”. En 2ª Corintios 1:9, nos dice: “*dentro de nosotros mismos ya teníamos la sentencia de muerte, a fin de que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos*”. Podemos ser afligidos hasta el límite, hasta pensar que vamos a morir. Quizá hayas tocado todos los timbres y nadie haya respondido. Nada funciona, estamos perdidos, y esto nos sirve para que confiemos solamente en Dios que resucita a los muertos. En este tiempo tendremos que clamar a Dios y no desesperarnos en ningún momento, sabiendo que Él ha prometido no dejarnos ni desampararnos.

Haz todo lo que tengas que hacer, agota todos los recursos, pero por sobre todas las cosas, y mientras haces esto, cree en Aquel que te ha enviado, que es poderoso para guardarte sin caída.

Él te guardará a ti y a los que van detrás de ti, porque cuando superes ese trance, habrás adquirido una nueva autoridad para hablarle a la Iglesia del Señor y decirle: “¡Vamos, adelante, en el Señor se puede!” Ahora veremos otros dos puntos. En primer lugar el pastor debe resolver sus problemas con Dios: le vendrán problemas de todas clases, en lo económico, espiritual, etcétera, pero el pastor tiene que saber que Dios le ha dado las armas para pelear esta batalla... a nadie ha enviado sin armas, aunque a veces nos parece que no las tenemos. Nos parece que estamos solos y que no tenemos nada, pero ese es el momento de aferrarnos a Dios, a su palabra, a la oración, y luchar hasta vencer.

Uno de mis personajes de la Biblia favoritos es Jacob, el cual tuvo dos encuentros especiales entre los muchos que tuvo con Dios. Uno de ellos fue en Betel al que yo lo llamo “gratis”, y el otro fue en Peniel, y no fue gratis.

El de Betel fue gratis porque todavía no conocía a Dios. Posiblemente era un creyente de esos que ven a Dios muy de lejos, un creyente carnal que sabía que existían promesas de Dios sobre su vida y fue más rápido que Dios, queriendo arrebatar esas promesas. El final es sabido: le salió todo mal.

Recordemos un poco de la historia: Jacob iba por el camino afligido y condenado cuando, vencido por el cansancio, se acostó en aquel lugar. No veía a Dios por ningún lado... la lectura del pasaje bíblico no deja evidencia de que ni aun hubiese orado. Él estaba muy mal, pero mientras dormía se abren los cielos y ve una escalera por donde suben y bajan ángeles. Tal es la escena, que al despertar se dijo a sí mismo: “Ciertamente este lugar es terrible”; y mientras el corazón le latía con prisa exclamó, *“no es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo”*. Indudablemente Jehová estaba en ese lugar y él no lo sabía. Puso una piedra y la ungió y allí le hizo una promesa a Dios, *“si Dios está conmigo, y me guarda en este viaje en que voy, y me da alimento para comer y ropa para vestir, y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios. Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios; y de todo lo que me des, te daré el diezmo”*. Esta hermosa visitación es gratuita. Jacob nunca se olvidó de Betel, y muchos años más tarde, el Señor le dice: ‘Vuelve a Betel, al lugar donde te aparecí, Yo Soy el Dios de Betel’. Notemos que ya no se identifica como el Dios de Abraham y de Isaac, ahora le dice que es el Dios de Betel. Jacob vuelve a emocionarse, y piensa *“yo sé quién es ese, he tenido una experiencia personal con Él”*.

Con el correr de los años el corazón de Jacob se fue ensanchando, fue creciendo, en familia, en edad, en riquezas, en problemas, en dificultades y en sufrimientos. Al fin huye de la casa de su tío para hacer las paces con el enemigo, y cuando va al encuentro de la casa de su padre, le informan que viene Esaú y cuatrocientos con él. Me puedo imaginar que le corrió un frío de la cabeza hasta los pies. Esaú, su hermano y cuatrocientos hombres con él... Aquella noche Jacob hizo pasar a su familia al otro lado del arroyo, pero él se quedó y no dijo *“bueno, ahora voy a orar un poco... Si no me duermo, esta noche voy a orar un poquito”*. Porque seamos realistas: uno a veces se va a orar y se empieza a quedar dormido... y en un momento, antes de que el sueño lo venza, uno dice: ‘bueno, mañana sí voy a orar’, pero mañana sucede lo mismo; y así día tras día. Pero esa noche Jacob no se durmió, porque pensaba que al día siguiente le iban a cortar la cabeza. No se durmió, sino que se mantuvo despierto. No sé, pero me imagino que ni siquiera se arrodilló. Debía pasearse como un león por aquel campo, clamando a viva voz: *“Dios mío, Dios mío, por favor, socórreme”*. Él debe de haberse acordado de sus pecados desde que era un niño, debe de haber confesado y clamado a Dios por misericordia hasta que comenzó a hacerse de día. Se pasó allí toda la noche y no miraba el reloj cada cinco minutos, él tenía una batalla que ganar, tenía que obtener la victoria, sentía desesperación, había comenzado a tener comunión con Dios y no quería dejarlo hasta que algo pasara con él. Y lo que pasó fue que un ángel luchó con él hasta que rayaba el alba, y entonces él le dijo al ángel: *“No te dejaré si no me bendices”*. Y a Dios le gustó y lo bendijo allí tocándole el encaje del muslo, y quedó rengo.

Allí marcha Jacob, algo entrado en años y rengo, a encontrarse con la familia. Cruzó el arroyo y dijo: *“¡adelante!, ahora hay paz. La batalla está ganada; sólo es cuestión de encontrarme con mi hermano y que sea lo que Dios quiera...”* Jacob tenía paz, había ganado una batalla espiritual preciosa.

La primera vez, en Betel, fue gratis, no necesitó orar... Aunque tampoco podía orar porque era inmaduro, era carnal; si se ponía a orar se hubiera dormido. Pero la segunda vez no fue gratis, no se echó a dormir, ni le dijo al Señor: “Señor que me bendigas y me guardes esta noche de los mosquitos y mañana que vaya todo bien”... y a la cama. No fue a dormir, porque tenía que solucionar un problema. Y lo solucionó, y a las pocas horas de haber orado así, se encontró con su hermano en un abrazo impresionante. ¡Gloria a Dios!

El pastor tiene que solucionar sus propios problemas. Si él no resuelve sus propios problemas, ¿Cómo resolverá los problemas de los demás? ¿Con qué autoridad va a decir: *voy a orar por ti*, si no sabe orar por sus propios problemas? No es un asunto de egoísmo, es un asunto de nivel espiritual, de alcanzar victorias, de conocer a Dios de otra manera, de descubrir que Dios siempre puede.

Si vemos la vida de un hombre como David, podemos decir que le tocó un hueso muy duro de roer. David fue uno de los hombres más tremendos de la Biblia y conocemos su vida detalladamente a través de la Palabra. Su vida, su temprano ministerio como rey, y su modelo como pastor.

En su trabajo como rey, muy temprano, un hombre se perfiló al lado de él como general de su ejército: Joab, que era un hombre fiel, pero fiero y duro; de esos que están a tu lado y te hacen bien o mal. En tres ocasiones David aprovechó revueltas y circunstancias para sacarse de encima a Joab. Hasta nombró a otro general que Joab se encargó de asesinar. Decimos esto, pues no lo mató en batalla, sino que lo hizo a traición. El comentario de Matthew Henry acota que David debería haber ajusticiado a Joab, pero que no lo hizo por temor a una revuelta. Sin embargo, yo creo que fue por amor a Dios y a su pueblo que David pospuso la justicia para más adelante, para que hubiese paz en medio del pueblo.

Por tres veces David intentó sacarse de encima a su general. En oportunidad de la sublevación de Absalón, cuando David se negó a terminar con la vida de su hijo, Joab lo trató con gran dureza amenazando con sublevarse. Otra vez allí David tuvo que soportarlo. Sin embargo, cuando David ya anciano va a morir, llama a su sucesor, y le dice: Salomón, tú eres hombre sabio, Joab no puede morir en paz, la ley de Dios dice que debe pagar con su sangre la sangre derramada en tiempos de paz.

David tuvo que soportar a su lado durante toda su vida a este general como uno de sus íntimos, y Dios le dio la gracia para hacerlo y para hacer la obra.

Algunos dicen: “No, hasta que no me saquen a Fulano de encima, no puedo hacer nada”. Pues bien, David no pudo sacarse a Joab de encima en toda su vida y aun así hizo la obra de Dios. Decía un siervo del Señor “No te saques un problema de encima porque te vendrán tres, convive con los problemas, ora a Dios por ellos y espera a que llegue el momento en que Dios ponga las cosas en orden; pero mientras no llegue este momento, convive con el problema, sufre si es necesario, y pídele gracia a Dios”.

Hermanos, debemos quitarnos de encima las excusas y saber que en Dios todo es posible y cumplir así con el ministerio que nos ha sido dado.

Por último, diremos que el pastor ha de tener toda la paciencia para esperar el fruto de su trabajo, sin ser tentado por un mal que está muy en boga y que es el exitismo, ni tampoco por la envidia ante el éxito real o aparente de otros hermanos.

Cuántas veces nos hemos puesto nerviosos haciendo nuestro trabajo... Nos parece que somos tontos, que somos los únicos que no pueden disfrutar de su trabajo, los únicos que no pueden conseguir cosas que otros consiguen y así somos tentados a emplear métodos y a salirnos del lugar de privilegio donde Dios nos ha puesto a cumplir nuestro ministerio.

A veces utilizamos argumentos erróneos, métodos equivocados, o abandonamos el lugar dedicándonos a otra cosa; perdemos la paciencia que deberíamos tener para perseverar hasta el final y hacer lo que el Señor nos ha mandado.

Jamás nos vamos a arrepentir de haber sido fieles hasta el final, hasta que entremos por las puertas de perlas, hasta que ya no estemos en este mundo, hasta que haya cesado nuestro trabajo. No hasta cuando nos parece, sino, realmente, hasta que el Señor nos diga: *Tu carrera ha terminado, ven, entra en el gozo de tu Señor.*